

## CAPITULO IX

### ESCUDRIÑANDO ZARAGOZA

#### 9.1

Desde antes del amanecer comenzaron a prepararse para su entrada en la ciudad. No sólo se trataba de las operaciones habituales de desmontar la tienda, plegarla, recoger el campamento, guardarlo todo en los carros y alistar a los animales, sino que ahora se pretendía cuidar hasta los últimos detalles para que nadie en absoluto pudiese dudar por un momento de sus disfraces.

Por supuesto todas las espadas habían desaparecido de la vista incluso antes de entrar en Altabás, y también las ballestas. Ambos tipos de armas, ahora también aquellas, se escondieron en el fondo de los carros a pesar de la pereza que les producía el tener que remover la carga, sobre todo cuando no habían transcurrido ni dos jornadas desde la vez anterior.

Pero no obraban así únicamente por no despertar sospechas, sino que conocían la prohibición existente, como en Jaca, de portar armas en el interior de la urbe, y más aún tratándose de forasteros. Si esto constituía delito, ¿qué se podría decir de introducir un montón de ellas a escondidas, como era el caso?, pero se tranquilizaban pensando que ocultas bajo la voluminosa capa de tarros de tintura y la no menos abultada de enseres y víveres, resultaba muy difícil que fuesen detectadas por los porteros.

Buscando dar superior veracidad a la vestimenta, resolvieron que los de mayor edad, el Mariscal, el templario y el hidalgo occitano, utilizasen prendas algo más lujosas que el resto, pues, excluyendo al clérigo, se suponía que los demás eran los servidores

de esos tres “mercaderes”.

Como ya venían haciendo, continuaron utilizando sus gorros de fieltro, añadiéndoles ahora alguno de los adornos retirados en su día a los sombreros de verano, salvo las plumas. En la cintura los lujosos ceñidores de los que pendían sus trabajadas dagas, y en los pies los valiosos borceguíes de montar. Pocas mejoras más se podían añadir, pues las túnicas adquiridas en Pau, y que todos llevaban sobre las camisas, eran de similar calidad, y tampoco parecía prudente el utilizar sus suntuosos briales, unos atavíos además propios del verano.

Los “empleados” llevarían como prenda de cabeza los gorros sin ornamentos y las caperuzas, en la cintura bastas correas o cuerdas de las que únicamente colgarían cuchillos de monte o machetes, y en los pies los zapatones también comprados en dicha ciudad o las albarcas.

En lo tocante a estas armas “cortas”, indudablemente las tendrían que apartar de sí en cuanto penetrasen en la ciudad, si no antes, pero era la mínima defensa que debían exhibir al llegar para no levantar tampoco sospechas por defecto.

Cuando terminaron los preparativos, tras un breve refrigerio y encomendarse de nuevo al Altísimo, se dirigieron hacia el puente.

Los que nunca antes habían estado allí, pudieron contemplar por primera vez la majestuosidad y belleza de la ciudad que se extendía a su frente, al otro lado del caudaloso río, y quedaron gratamente impresionados.

Calcularon que se trataba de una población del tamaño de Toulouse, o al menos eso les parecía. Tiempo después se enterarían de que albergaba en total cerca de tres mil hogares por lo que, calculando una media de cinco o seis personas por “fuego”, cosa que no tenía nada de exagerada, podía contar con más de quince mil habitantes. Por lo

visto, cristianos de toda procedencia, incluyendo muchísimos francos, musulmanes y judíos convivían en ella pacíficamente.

Pero les resultaba difícil comprender cómo en medio de aquella región tan árida, a excepción de las zonas de regadío en las proximidades de los ríos, y tan despoblada, podía erigirse una ciudad de aquella entidad.

El gran caserío, erizado de torres de iglesias, se veía encerrado en un doble perímetro de murallas. El más interior, fabricado en piedra y, según se decía, en época de los romanos, contenía el barrio mozárabe, esto es, el de los cristianos que vivían allí desde antes de la invasión islámica del año 711, y también los del resto de los cristianos que la reconquistaron y la repoblaron. Asimismo incluía la aljama de los judíos, rodeada a su vez por muros que impidieran unas relaciones demasiado estrechas entre ambas culturas.

La muralla exterior, de tapial y levantada por los conquistadores musulmanes, rodeaba la ciudad antigua por todos sus lados a excepción del que daba al Ebro.

En el área delimitada por ambas cercas se erigía el barrio musulmán, igualmente encerrado por tapias, el ensanche del barrio judío al otro lado de la muralla de piedra, el arrabal de los mercaderes, llamado barrio de Rey o de San Pablo, la plaza del mercado, dos pequeños barrios cristianos y varios conventos y hospitales. Y aún sobraba espacio suficiente para albergar buen número de huertas y eras, molinos y hornos, o zonas de actividad industrial como tejerías, curtidorías o la ceca donde acuñaban monedas.

La muralla interna, cuya planta venía a ser la de un rectángulo, presentaba alrededor de sesenta torres y varios alcázares. Uno de ellos, el de la Zuda, situado en su esquina Noroeste, fue la vieja residencia del Caid del Califa, desde donde aquel ejercía su poder civil y militar, y ahora era utilizado por el denominado Merino o Baile, representante del rey y gobernador militar de la ciudad. Otro era el llamado castillo de

los judíos, por estar situado junto a su aljama, al Sureste.

Cuatro puertas principales se abrían en esta muralla interior: La del Puente, en el lienzo que daba al río, la Oriental o de Valencia, la “Cinégia” en el lado Sur, que daba paso al sector musulmán o morería, y la Occidental o de Toledo, que daba paso a la plaza del mercado y al barrio del Rey o San Pablo. En los cubos de esta última se encontraba la cárcel, y muy próximas, en plena plaza del mercado, se levantaban la picota y el cadalso.

Además existían una serie de postigos o puertas menores, como el de la “Carnicería” que comunicaba la judería con su ensanche al otro lado de la muralla principal, o el de “Santa María” que comunicaba el barrio mozárabe y el cementerio cristiano de la ciudad, sito intramuros, con la orilla del Ebro y el santuario donde se veneraba la columna de jaspe sobre la que se apareció la Santísima Virgen al Apóstol Santiago, hecho ocurrido allá por el año 40 de la era cristiana según contaba la tradición.

En la muralla exterior, edificada con adobe y ladrillo, se abrían varios portillos, los más importantes siguiendo su contorno de Este a Oeste eran: “Puerta del Sol”, “Puerta Quemada”, “Puerta de Santa Engracia”, “Puerta de Baltax”, orientada al Sur y que era la salida natural de los moros hacia su cementerio, situado éste fuera incluso de la segunda muralla, “El Portillo”, por donde se accedía a la almozara o hipódromo, y también a la Aljafería, y, por último la “Puerta de Sancho”, en el Este, que daba salida al camino de Alagón.

La Aljafería era una bella fortaleza-palacio emplazada extramuros, aunque a muy poca distancia de la ciudad, donde tenían su almunia o finca de recreo los reyes musulmanes de la Taifa Zaragozana. Aunque fuese ahora una propiedad de los reyes aragoneses, en aquella época la ocupaba una congregación de monjes bernardos, y aún

entonces presentaba la fábrica parte de los destrozos que sufrió durante las luchas de almorávides con andalusíes, y de ambos con los cristianos, hacía ya casi un siglo de ello. A veces era empleada como residencia de protocolo por personajes de abolengo, sobre todo de la familia real, que habitaban las zonas menos deterioradas del todavía suntuoso palacio.

Admiraban la ciudad desde el otro lado del Ebro, río ancho y profundo, el más caudaloso de Hispania al parecer. Aunque los cruzados los habían visto mucho mayores en otras partes de Europa, éste tenía un algo de no se qué en sus apacibles y oscuras aguas que reflejaban el paisaje como un espejo. Les contarían más tarde que en realidad su caudal no tenía nada de pacífico y regular.

El cruzar al otro lado suponía para ellos traspasar una nueva frontera, entonces comenzaría verdaderamente su misión, pues todo lo anterior no dejaba de ser una excursión, por complicada e insufrible que se hubiese manifestado.

El Mariscal observaba meditabundo los más mínimos detalles, evaluando las posibilidades de escape.

Dos puentes comunicaban ambas orillas. Uno, el principal, mostraba fábrica de piedra, al menos en sus pilares, puesto que muchos de los arcos no habían podido cerrarse en ese material y en ellos el paso se salvaba mediante plataformas de madera. Daba la impresión de una obra provisional y conocieron que efectivamente la ciudad lo había tenido mejor, al parecer las riadas que periódicamente padecía el Ebro se lo llevaban en parte una y otra vez. El otro era simplemente un puente de tablas sobre barcas unidas borda con borda.

Aún había otro sistema más para cruzar el río, y consistía éste en un lanchón que hacía el servicio entre las orillas conducido por un sistema de sogas. Y, como es natural,

también se utilizaban toda suerte de pequeñas embarcaciones.

No era exagerado el que coexistieran aquellas tres vías o sistemas para salvar el cauce, pues se daba la paradoja de que la gran mayoría de las explotaciones agrarias de la ciudad, huertas, frutales, campos de cultivo, descontando las que se encontraban dentro del gran recinto amurallado, se extendían hacia el Norte, al otro lado del Ebro.

Al Sur de Zaragoza, salvo algunas manchas de olivares y vides, el terreno era un erial inexplorable. Por ello cada mañana, centenares de agricultores, mayoritariamente musulmanes y judíos, pero también cristianos, debían cruzar el río para dirigirse a los campos donde laboraban, y otro tanto ocurría al caer el Sol cuando regresaban a sus hogares. En esos momentos del día, los dos puentes se mostraban casi insuficientes.

También tomó detalle Ferdinand del embarcadero que se veía hacia el extremo Este de la ciudad, allí donde desembocaba al Ebro un riachuelo que contorneaba aquella por el Sur y que llamaban Huerva. En él fondeaban unas naves alargadas y de fondo plano que los naturales denominaban “llauts”, capaces de recorrer el río salvando los distintos vados, desde el reino de Navarra hasta el puerto de Tortosa, ya en el Mediterráneo.

Cuando constataron que, pasada la hora punta, el tráfico de peatones sobre el puente principal comenzaba a menguar, los cruzados, ni cortos ni perezosos, se dirigieron hacia su embocadura con evidente intención de utilizarlo. Sin embargo fueron interceptados por un vigilante que les disuadió inmediatamente de ello, objetando el peso excesivo que presumía aguantaban las dos galeras. Los vehículos de dos ejes que llegaban repletos, como era el caso, debían utilizar la balsa para cruzar a la otra orilla.

Puestas así las cosas, la columna se dirigió hacia el atracadero y allí se concertó el transporte con los barqueros.

A partir de aquí fue un continuo aflojar la bolsa para pagar tasas de todo tipo. Ferdinand temió haber infravalorado imprudentemente el montante de todos aquellos gravámenes. De entrada tres viajes fueron necesarios para transbordar los dos carros y la reata de caballerías al otro lado del Ebro.

Marcharon entonces hacia la Puerta del Puente, por donde era obligado entrar en la ciudad viniendo del Norte. Cual sería su sorpresa cuando, llegados a ella, les obligaron a abonar el puentazgo como si hubiesen utilizado ese paso para cruzar el río. Debían soltar una meaja, la pieza de medio dinero, por caballería, y de nada valía protestar, si habían utilizado otro medio era problema de ellos, los animales hubieran podido pasar por el puente y el tributo era necesario para su completa reparación.

Empezaban a pagar cara su falta de experiencia. Las cantidades eran de momento pequeñas, pero, sumadas unas a otras, representaban una sangría, ¡y todavía faltaba lo peor! Precisamente junto a esa puerta se alzaba la aduana, por donde, más temprano que tarde, tenía que pasar cualquier comerciante que arribase a la ciudad, independientemente de la entrada empleada para acceder a ella.

El telonero de la llamada “Casa del Puente” se sumó a los porteros para calcular la minuta a saldar por aquellos desconocidos mercaderes francos. En primer lugar el portazgo por entrar en la ciudad, que nada tenía que ver con el uso de las vías sobre el Ebro. Pagarían por el número de personas, los jinetes, que desde esa mañana se reducían a los tres “empresarios” dueños del negocio, un poco más que los peatones y hombres sobre los carros; por cabezas de ganado, caballos, mulas y bueyes; y por los dos carros, el llamado rodaje.

Finalmente llegó el plato fuerte, los aranceles por las mercancías que traían. El telonero les interrogó sobre el género que venían a vender para calcular así el peaje a abonar por sólo introducirlo en la urbe. Además anotaría la cuantía del impuesto sobre

la compraventa, que deberían abonar a su marcha, momento en el cual se tornaría a verificar la carga que sacaban por dos motivos, deducir del total a pagar lo no vendido, si era el caso, y cobrar también un impuesto por los bienes que hubieran podido adquirir durante su estancia.

Por todo ello, un escribano tomaba detallada cuenta de los cálculos del telonero. Ni que decir tiene que los “mercaderes” fueron avisados de que, independientemente de la puerta que les conviniese utilizar en el momento de abandonar la ciudad, estaban obligados a pasar primero por aquella “Casa del Puente”, edificio sede del poder municipal, a fin de ajustar cuentas.

Se declaró, como en otras ocasiones, un mayor número de tarros de tintura de pastel de los que realmente llevaban para hacer más convincente el volumen de la carga. Con la sutileza que le caracterizaba, Ferdinand repartió propinas a cuantos participaban en las tasaciones, telonero, escribiente y porteros, al objeto de que pusiesen toda la diligencia del mundo en las gestiones, pues se estaba haciendo tarde y no veían llegado el momento de acercarse al santuario de la Virgen para agradecerle el haberles permitido alcanzar su destino.

Aquel cinismo no fue muy del agrado del templario y otros cruzados, pero éstos hubieron de reconocer que el Mariscal estaba consiguiendo que los funcionarios hiciesen la vista gorda y no removiesen más allá de unos cuantos recipientes.

En cuanto a los caballos y mulas del hato, no tuvieron más remedio que cambiar la versión dada hasta ahora: los animales no eran para vender allí, ya tenían dueño, y éste residía... ¡en Barcelona!

Y por fin les dieron vía libre, podían entrar expeditamente en la ciudad, habían satisfecho cuantas tasas les habían querido cobrar... pero estaban ya dentro y el júbilo

les embargaba.

El capitán, girando el torso desde su montura, hizo un gesto de complicidad a los compañeros más próximos, sacudiendo la bolsa casi vacía al tiempo que les guiñaba un ojo. Pudo ver muchos rostros sonrientes y no era para menos, además de haber logrado pasar, les acababan de dar la mejor de las noticias.

Desde su llegada ayer a Altabás y ahora por la mañana, el Mariscal había interrogado discretamente a cuanto parroquiano se cruzaba en su camino sobre la batalla de Muret y el regreso a casa de los supervivientes. Ponía como excusa su amistad con unos caballeros de la Orden del Hospital que tal vez participaran en la lid.

La mayoría no sabía nada, incluso se encontraron con gente que ni siquiera tenía conocimiento de tal combate. Los funcionarios del puente y los barqueros sí estaban algo más al corriente y pudieron informarles de que las tropas que salieran de Zaragoza o de los concejos situados más al Sur, iban regresando en pequeños grupos, trayendo muchos heridos entre ellos, pero desconocían que los monjes guerreros del Hospital de San Juan hubiesen participado en dicha batalla.

El capitán volvió a insistir con los funcionarios de la Puerta y Casa del Puente, dando algunos detalles sobre las personas que le interesaban. Habían partido de Foix sobre el día catorce del mes anterior, y se trataba de un grupo de unas cincuenta personas a caballo, entre ellos una docena de monjes de mantos y hábitos negros, tal como vestían los de aquella Orden.

Al fin, uno de los porteros hizo memoria y recordó la entrada, hacía de ello como quince días, de un grupo montado que podía coincidir con el descrito. Un buen número de esos guerreros ataviados de negro junto con otros laicos y también, sí, varias mujeres. Una de ellas por cierto, bellísima, comentó.

Otro funcionario rememoró entonces la escena confirmando la versión del

primero. Efectivamente hacía hoy catorce días de ello pues también entraron en lunes, pero consideró que tal vez no fueran ellos por los que preguntaba, puesto que le manifestaron, estaba seguro, no haber participado en la batalla.

Ferdinand no quiso seguir indagando, ya sabía bastante y se le empezaba a hacer difícil el controlar su entusiasmo y no ponerse a gritar de júbilo, y otro tanto les estaba ocurriendo a los cruzados que por estar cerca, atendían a la conversación.

Los porteros, puestos a colaborar, recomendaron al “mercader” dirigirse a la Casa que la Orden del Hospital tenía en Zaragoza, sin duda allí encontraría a sus amigos. El Mariscal pidió las señas de dicha congregación con el evidente propósito de no pasar por allí ni por casualidad hasta llegado el momento oportuno.

En otro orden de cosas, habían intentado también en varias ocasiones averiguar la dirección de la posada del amigo de Ferdinand, pero ni los allí presentes, ni los emplazados con anterioridad, parecían conocerle. De modo que emprendieron la marcha por el interior del castro sin saber a ciencia cierta a donde dirigirse.

De momento pusieron rumbo a la parroquia mozárabe de Santa María la Mayor. Se trataba de un templo construido en estilo francés sobre el solar de otro aún más antiguo, ubicado junto al camposanto y muy próximo al oratorio del sagrado pilar.

Tanto el monje templario como el capitán de la patrulla cruzada, éste cuando aún era creyente, se habían postrado a orar en aquel santuario en algún momento de sus respectivas estancias en Hispania, pues era un lugar muy frecuentado por toda suerte de viajeros y especialmente recomendado para peregrinos. Y ahora, salvo las consabidas excepciones, todo el mundo ardía en deseos de encomendarse a la patrona de la ciudad y agradecer al Altísimo las mercedes recibidas, en especial la última de ellas.

Porque mientras desfilaban hacia aquella iglesia y la noticia de la presencia de los

herejes en Zaragoza se extendía entre los que aún no la conocían, una contagiosa emoción agitó hasta el corazón más tibio.

“¡Los fugitivos estaban allí! Bueno, al menos habían entrado en la ciudad, y no hacía tres semanas, como calcularon la víspera, ¡sino dos! Sin duda se habrían entretenido en algún lugar y esto les venía de perilla. ¡Tal vez no fuera tarde...!”.

Ferdinand y Richart, con la excusa de guardar el ganado y los carros, no llegaron a entrar en el templo ni en el santuario, sino que quedaron vigilando el convoy estacionado en plena calle de San Gil, la vía principal que hacía de eje Norte Sur uniendo las puertas del Puente y Cinegia.

Aunque no estorbaban demasiado por ser la anchura de la vía suficiente como para permitir el cruce de dos carruajes, el Mariscal intuyó que no tardarían en llamarles la atención, por lo que nada más llegar Lorent de su fugaz visita al oratorio, se encaminó a pie en búsqueda de la posada dejando a los otros dos de guardia, no sin cierto recelo, pues temía que el sargento mercenario les metiese en alguna jarana de las suyas.

Ferdinand indagó sobre la dirección de su amigo preguntando a cierto número de personas que a esa hora circulaban por la calle. Como sólo podía darles el nombre, que a esas alturas indudablemente habría aragonizado, y su descripción física de hacía ocho años, nadie acertó a darle noticia exacta, sino que le enviaron de un lugar a otro hasta que se dio finalmente por vencido y regresó al sitio donde aguardaba la columna, que por fortuna estaba aún intacta.

Richart se había portado correctamente a pesar de que no paraban de acercarse a ella innumerables paisanos. Público de todo estado y condición se detenía, o al menos aminoraba su marcha, al pasar junto a los espléndidos destreros de la reata.

El capitán de los cruzados, ahora subido al pescante de la primera galera,

observaba con atención a todo el personal que aparecía, con la esperanza de que sonara la flauta por casualidad y reconociese entre esas caras la de su ex compañero de armas, juergas y “Camino“.

Durante una hora o poco más, lo que tardarían en regresar el resto de los componentes del grupo, estuvo escudriñando detenidamente a los ciudadanos de aquella urbe. Por su forma de vestir, y hasta de andar, podía distinguir muy claramente unos estamentos sociales de otros.

Unos cuantos parecían pertenecer a la pequeña nobleza militar. Aunque no llevasen armas, sus atuendos no dejaban lugar a dudas, serían infanzones o caballeros, o sea guerreros poseedores de caballos de batalla y armas, amén de contar generalmente con sus propias clientelas armadas formadas por donceles, escuderos y otros hombres de armas.

Se decía que los infanzones se distinguían de los caballeros por atesorar los primeros una mayor hidalguía de sangre, o dicho de otro modo, disponer de unos antepasados más prestigiosos. Más adelante, Ferdinand supo que entre ambas categorías no sumaban más allá de un centenar de estos cabezas de familia, aunque las suyas eran familias muy extensas, con abundante prole y criados- personas adoptadas o protegidas- a los que había que sumar empleados de todo tipo: sirvientes a sueldo, siervos domésticos y hasta esclavos sarracenos. Ni que decir tiene que todos ellos eran propietarios de tierras y ganados y solían ejercer importantes cargos públicos, aunque teóricamente el Fuero del Concejo los excluyese.

Estos individuos constituían la baja nobleza de la ciudad, por que la alta, es decir la constituida por los llamados magnates, acostumbraba a brillar por su ausencia. Aún contando con propiedades y negocios en la ciudad, sus miembros, por aquel entonces, preferían vivir en las casas de sus grandes posesiones o feudos.

Otro estamento que no pasaba desapercibido, poco numeroso pero de capital importancia, era el de los llamados “hombres buenos”. No eran guerreros y la dignidad que ostentaban les venía de sus espléndidos patrimonios, se trataba de grandes propietarios, comerciantes al por mayor, o poseedores de potentes talleres de manufacturas.

Ellos, en ocasiones compartiéndolo con los pequeños nobles ciudadanos, o caballeros villanos, descritos más arriba, ejercían el poder en la ciudad acaparando los principales cargos gubernativos. Tal vez por eso fueron llamados por muchos, aquí como en cualquier otra localidad, con el calificativo de “ciudadanos”, distinguiéndoles del resto de propietarios de Zaragoza, que sólo eran considerados como “vecinos”.

Constituían precisamente esos “vecinos”, la mayor parte de la población cristiana. Hombres libres, padres de familia propietarios de su vivienda y negocio, obligados a pagar impuestos, al contrario que la pequeña nobleza militar o los clérigos. Sus oficios: labradores, pescadores, menestrales, alarifes, comerciantes, profesiones liberales, empleados municipales...

El Mariscal pudo observar también, como es lógico, a los miembros de otros grupos que habitaban igualmente la ciudad, judíos y musulmanes, e incluso alcanzó a vislumbrar a algunos escasos representantes del amplio abanico de desheredados que componían las capas más bajas de la sociedad: pobres, vagabundos, prostitutas...

Tampoco dejó de advertir la importante proporción de clérigos de toda condición presentes en la urbe. Los había sobre todo seculares, adscritos a las múltiples parroquias, pero también regulares, como los agustinos encuadrados en la sede episcopal, pues Zaragoza era, entre otras cosas, una importante diócesis.

Realmente la carrera de San Gil era una vía transitada y el estacionamiento en ella

de los carros y el hato de caballerías de aquellos forasteros estaba empezando a estorbar, no sólo taponaban parcialmente la calle, la admiración que despertaban los caballos provocaba que muchos curiosos que circulaban por allí, incluso a las riendas de algún carruaje, se detuviesen un momento contribuyendo aún más al atasco. Amén de la molestia de sentirse devorados por la mirada de algunos fisgones, cuando de lo que se trataba más bien era el pasar desapercibidos, no tardaron en recibir toda clase de quejas por su inconveniente presencia dificultando el paso.

En un momento dado el propio Ferdinand se sintió incómodo y azarado, uno de los que le observaba de forma más insolente, o al menos eso le pareció a él, era un grandullón de abundante y desgredada melena, barba poblada e hirsuta y enormes manos y cabeza, adornada ésta con unos ojos rabiosamente saltones de un deslucido azul. “Pero... un momento... ese tiparraco me suena... ¿puede ser...? ¡Mi amigo Henric!”.

El anterior embarazo del Mariscal se esfumó de inmediato, allí estaba su querido colega, su tabla de salvación, qué más daba que la gente siguiese protestando. Se abrazaron, se besaron, se palmearon la espalda, se podía ver que la alegría por el reencuentro era mutua. El peludo gigantón no salía de su asombro, “¡Ferdinand convertido en mercader y aquí, en Zaragoza! Menudo follón está montando en la calle principal el muy capullo. ¡El mundo es un pañuelo!”.

Por fin regresaron de Santa María el resto del personal. El capitán, de un vistazo, pudo percatarse de que casi todos ellos, no sólo Adrien, Marie o Rimont, venían como transfigurados. “Se diría que han visto al propio Dios en persona”.

El Mariscal llegaba a comprender que, para los miembros más devotos de la patrulla, orar ante uno de los santuarios más señeros de la Cristiandad, precisamente en

la ciudad con que venían soñando desde hacía semanas, podía representar la apoteosis de su fervor místico al tiempo que un reforzamiento de la sensación de tener al Altísimo de su parte. Algo de lo que se estaban progresivamente convenciendo, el haber sido específicamente designados para esta misión por la mismísima Trinidad.

Pero le extrañó notar también al cada vez mas agnóstico Pierrot, el “Aristo”, ligeramente mudado, como si la visita le hubiese producido cierta turbación.

Lo cierto es que el joven se acercó al templo más por curiosidad intelectual que otra cosa, y en vez de disponerse a orar junto a sus compañeros, anduvo admirando la obra arquitectónica y artística del edificio.

Atravesó después con los demás la muralla por el postigo de Santa María para acudir a postrarse ante el afamado “Pilar”, emplazado extramuros. Y viendo allí cómo cada uno de sus familiares y amigos se arrodillaba y besaba con devoción la columna, se aprestó a obrar de la misma forma.

Pierrot miró la piedra situada frente a él y reflexionó un momento. Fue consciente de que no sentía ninguna especial adhesión hacia la Virgen María, ni siquiera se llegaba a plantear la posibilidad de su existencia objetiva, al contrario de lo que sí hacía con otras naturalezas a su juicio verdaderamente trascendentes, como el propio Creador. Le parecía aquel un problema baladí en comparación con los otros, y desde luego que no se rasgaba las vestiduras si alguien, como hacían herejes e infieles, ponía en duda su virginidad.

Con ese discernimiento en la cabeza, acercó sin embargo sus labios hasta tocar con ellos la pulida roca y depositó un sincerísimo beso en ella. La dedicó un instante de afecto como símbolo de respeto a la inquebrantable Fe de tantas buenas personas, de hermanamiento con la propia Naturaleza representada allí por aquel hermoso material,

de sumisión ante el Misterio que simbolizaba la columna, de cariño hacia la hipotética entidad que hacía casi doce siglos, tal vez, por qué no, se hubiera aparecido a unos hombres santos, y hasta de confraternización con los habitantes de la ciudad donde acababan de entrar.

Todos esas intenciones cruzaron por la mente del joven Flambó en muy poco tiempo, seguramente no pasaron más que unos segundos, fueron casi instantáneas. Cuando se irguió y retiró para dar paso a otro fiel, comenzó a experimentar una sensación de calor en su pecho. Sentía como si algo cálido le hubiese rozado levemente por debajo de la túnica y de la camisa, en la misma piel o incluso más adentro. Se concentró en aquella percepción tratando de encontrarle una justificación, descartando casi del todo el factor imaginación puesto que le parecía plenamente real, y por otro lado absolutamente inesperada, nunca antes había percibido algo así, o al menos no lo recordaba.

Y a priori no deseaba aceptar una explicación sobrenatural, porque ello podía implicar para él un paso atrás en su configuración racional del mundo, tarea mental que le llevaba ocupando muchos años de su vida, por no decir todos. Pero no pensaba en absoluto desterrar de

Poco después, cuando las miradas de pupilo y maestro se encontraron, el segundo supo que algún suceso había perturbado de alguna forma el habitualmente tranquilo entendimiento del joven. El capitán arqueó las cejas mientras pensaba que el contacto con el templario iba a acabar estropeando del todo a sus muchachos, terminándoles de convertir en obedientes corderitos de los “lobos” de báculo y mitra. Incluso al mismo “Aristo”, o a cualquier otro que mostrase ciertas inquietudes metafísicas y no se contentara con las patrañas divulgadas por los predicadores enviados por aquellos.

No debían perder más tiempo, Ferdinand pospuso las presentaciones para otro

momento, y tampoco quiso anticiparle ninguna explicación. Se limitó a rogar a su amigo les acogiese en la posada que tenían sus padres en Zaragoza, si es que efectivamente continuaban regentando el negocio que en su día le refirió y que él no llegó a conocer, a pesar de su breve estancia en la ciudad.

Henric le declaró que él era ahora el dueño, pues sus padres se habían retirado hacía unos años, y que si no contaban con otro lugar más adecuado, los acogería con sumo placer, de hecho tenía habitaciones libres.

Al capitán le extrañó aquello de “otro lugar más adecuado” y también el rictus de preocupación que notó en el semblante de su amigo, así que quiso averiguar qué cosa le embargaba. Éste le confesó que el único inconveniente consistía en ser su local uno de los más caros de la ciudad y, ya se sabe, no estaban los tiempos como para ser generoso. Temía darle un disgusto a la hora de facturarle.

Estuvo a punto de darle un ataque de risa al Mariscal, no podía imaginar a su amigo, con aquel desaliñado aspecto, regentando una posada de lujo.

- ¡Tranquilo Henric!- le dijo- soy un hombre de negocios, tengo dinero de sobra para pagarte.

- ¡Entonces cuento con que me pagarás, cabronazo!- respondió amistosamente el otro al tiempo que ponía una de sus manazas sobre el hombro del cruzado- ¿También los noventa sueldos que me pediste prestados hace una eternidad?

Ferdinand tragó saliva. ”¿No se le olvidará nunca?... ¡Hace ya quince años!”.

Se pusieron en camino hacia la hostería, que no se encontraba demasiado lejos, en una calle perpendicular a la de San Gil, un poco más adelante. Perteneecía al barrio llamado de San Felipe, dentro del mismo castro antiguo.

Doblaron a la derecha para tomar esa vía y recorrieron por la nueva no más de

ciento cincuenta pasos. Después pararon junto al portón de una alta tapia, no veían otra cosa de la propiedad. Cuando Henric abrió aquel con ayuda de un criado y les dio paso al interior, el Mariscal se dio cuenta de que su amigo no bromeaba.

La columna penetró en un amplio patio en cuyo centro se emplazaba el brocal de un pozo. Al frente y en ambos lados, se erigían edificios de tamaños y calidades diversos. Henric refirió brevemente el destino de cada uno de ellos a su amigo y a los dos colegas que éste le presentó como socios del negocio, Adrien y Bernard.

A la derecha la cocina, un edificio de adobe con cubierta de teja y enorme chimenea de ladrillo, y detrás de ella el corral, a cuyo alrededor se levantaban unas cuantas construcciones de madera: el establo, el gallinero, el palomar, la cochiguera, el pajar y el granero, estos dos situados en los sobrados de los edificios más altos, la despensa, en cuyo sótano se encontraba la bodega, el lagar y el barracón de los siervos. También estaban allí las letrinas y, al fondo del todo, un pequeño huerto.

A la izquierda del patio, y también en madera, se alzaban unas espaciosas cuadras, con su pajar y granero correspondiente, y unos cuantos cobertizos.

Por último, a su frente, podían ver dos casonas levantadas en mampostería y con cubierta de teja, la pequeña era la vivienda de Henric y su familia, y la mayor, la posada propiamente dicha.

En el ángulo más cercano a la cocina, había un pequeño barracón de madera donde les explicó el posadero estaban la lavandería y los baños, y anticipó a sus huéspedes que no sería hoy por no tener nada previsto, pero mañana sin falta les prepararían unos buenos baños pues “falta les iba haciendo”, dijo al tiempo que hacía ademán de taparse las narices.

Los francos se miraron unos a otros con la boca abierta, admirados ante tanto lujo, aunque también hubo quien hizo mueca de asombro porque, teniéndolo tan a mano, no

utilizara ese servicio higiénico más a menudo el amigo del Mariscal.

Lo cierto es que el estado de higiene de los cruzados era deplorable. Tanto la que llevaban puesta, como las otras mudas de que disponían, estaban ya muy sucias. No habían podido hacer ninguna colada desde que salieron de Foix, y la propia ropa adquirida en Pau, no muy limpia a pesar de ser nueva, ya estaba más que sudada. A causa de las varias ocasiones en que se encontraron empapados, muchas veces tuvieron que volver a ponerse prendas ya usadas.

Sí, olían mal, más de lo normal. El olor físico era corriente, y casi se podía decir que parte constituyente de la identidad de una persona. En pequeñas dosis no resultaba desagradable, siendo diferente el aroma que cada cual desprendía según resultase la combinación de efluvios de las distintas secreciones corporales.

Solía preponderar alguna emanación sobre otra, pero si ésta sobresalía de forma exagerada, era entonces cuando se hacía un tanto indeseable.

Así, ya se empezaban a hacer insoportables los diferentes hedores de cada uno, y aquí no había excepciones de rango social ni de sexo, los que se habían bañado hacía unos meses podían oler tan mal como los que quizás llevasen años sin hacerlo. Marie tenía que cargar además con su propio aroma de fémina cada vez menos disimulable, a pesar de que la muchacha procurase mantener cierta higiene en sus partes los días que le alcanzaba la regla. El mismo Paul, siempre preocupado de su aspecto físico y que utilizaba una esencia perfumada sabiamente administrada para que le durase, apenas unas gotas diarias, sólo conseguía obtener con ello una desagradable mezcla de olores dulzones y rancios.

Por otro lado, el contacto diario con los animales y la vida en pleno campo, les había convertido en huéspedes de toda clase de parásitos. Siempre era habitual la

presencia de piojos en la cabeza, pero ahora se veían con piojos en cabellos y ropa, estos últimos compartiendo el territorio con alguna que otra pulga. Otro tipo de piojos, las ladillas, propagadas por alguno a través del contacto de las prendas íntimas sucias, habían anidado hasta en los más célibes. A estos insectos todavía había que añadir garrapatas en abundancia.

Era evidente, necesitaban ese baño como agua de mayo. Muchos no lo tomaban desde hacía meses a causa de la campaña, alguno como Lorent o Richart, puede que años. Y aunque el lavado de cara y manos solía, salvo causa de fuerza mayor, ser diario, dado que se comía con las manos todo lo que no fuese imprescindible tomar con cuchara y se consideraba impuro el hacerlo con aquellas muy sucias, en el resto del cuerpo, poco a poco, iba acumulándose la roña.

Había quien consideraba que ésta protegía del frío y de las enfermedades, pero la verdad es que la mayoría no dejaba de anhelar el estado de bienestar que se disfrutaba después de una saludable inmersión en agua caliente.

Henric presentó a su familia a Ferdinand y sus dos socios, y también al clérigo que viajaba con ellos. El resto de los cruzados, los “empleados”, eran convidados de piedra, lo cual no dejó de molestar a los Flambó, sobre todo a “Bicho” que no podía soportar el aire de petulancia que se daba Bernard, tan distinto a la naturalidad con que se desenvolvían Ferdinand o Adrien.

Se trataba de su mujer, una hermana de ésta y otra de él, al parecer solteras, y seis hijos entre chicos y chicas, de edades que iban de los cinco hasta los doce años. Como la última vez que le viera, su amigo ni se había casado ni tenía ningún retoño, el capitán dedujo que la esposa debía ser viuda y habría aportado algunos críos al matrimonio. Al preguntar por sus viejos padres, explicó que ahora vivían en otra parte de la ciudad.

Por supuesto, Henric solo, contando con la ayuda de aquellas tres mujeres y de sus críos más mayores, habría sido incapaz de sacar adelante un negocio como ese. En la posada trabajaban además un montón de empleados y siervos domésticos. A saber, un mayordomo responsable de la administración y buen gobierno de la finca, un matrimonio de siervos en la cocina, un jornalero como caballerizo en las cuadras, otro matrimonio de siervos al servicio de lavandería y baños, una vieja doncella, considerada casi de la familia, como costurera, otro empleado como bodeguero y responsable de la despensa y, por último, media docena de esclavos sarracenos, dos de ellos hombres, que hacían labores de hortelanos y mozos, y cuatro mujeres al servicio de las habitaciones y refectorio de la posada. También contaba la finca con un fornido portero que, ayudado de sus sabuesos, la cuidaba de día y de noche. Es decir, quince personas, sin contar con Henric y su familia, que también trabajaban lo suyo, eran necesarias para el mantenimiento de la fonda. Vivía en ella además alguna otra gentecilla no productiva, como los hijos pequeños de los siervos o antiguos trabajadores ya muy ancianos.

Acabadas las presentaciones, procedieron a instalar a los veintinueve equinos de la reata en la cuadra, que a pesar de ser muy espaciosa, quedó atestada de ganado entre el recién llegado y el que ya la ocupaba perteneciente a otros huéspedes. Los cuatro bueyes fueron conducidos al establo de detrás de la cocina después de que fueran desenganchados de los carros y éstos guardados en uno de los cobertizos.

Ferdinand le pidió a su amigo el posadero que les reservase el uso exclusivo de este almacén y, aún más, que si era posible instalase un buen candado o al menos les permitiese su adquisición. La llave la guardarían ellos mismos.

A Henric no le gustó aquel gesto de suspicacia, y no por el hecho de que aquella petición fuese infrecuente, muchos de sus clientes lo solicitaban así, y por supuesto que

sí disponía de candados para todos los cobertizos destinados a guardar las mercancías de los viajeros. Pero aquello de pedir a su viejo amigo le entregase incluso la custodia de la llave, le pareció una total falta de confianza, cuando él le acababa de acoger en su casa sin ni siquiera pedirle que le dejase ver el contenido de los carros. Se empezó a dar cuenta en ese preciso momento de que Ferdinand le estaba ocultando algo.

- ¡Puedes estar tranquilo!- le manifestó con aire de reproche- en mi casa no hay ladrones y nunca ha faltado algo a mis huéspedes, por más que sus géneros sean incluso más valiosos que la tintura de pastel que dices traer. Pero no te preocupes, tendrás tu llave. ¡Sólo te pido una cosa... si traes mercancías que no has declarado para pagar menos aranceles o porque estén prohibidas, como armas, te ruego que no me metas en líos, porque si se te ocurre te despellejo vivo!”.

El tono empleado por Henric para rematar la frase, no resultó nada amistoso y sembró el malestar entre los cruzados, pero no hizo ninguna mella en el Mariscal, que comprendió de inmediato que su viejo compañero defendía a su familia y al negocio, y él había tenido muy poco tacto, de modo que no tuvo en cuenta sus palabras.

El posadero pasó su recio brazo por encima de los hombros de su viejo camarada, como buscando aligerar un tanto la tensión, y le llevó así hacia el interior del edificio principal yendo tras ellos todos los demás. Ahora tocaba asignar los dormitorios que correspondían a cada uno.

La hostería tenía tres plantas, ocupando la baja una única e inmensa sala con función de refectorio y estar. Disponía ese recinto de una chimenea en cada una de sus cuatro esquinas. De algunas de las enormes vigas del techo, pendían cortinajes que ayudaban a delimitar parcialmente diversas zonas, proporcionando algo de intimidad al tiempo que una mayor sensación de calidez. La riqueza de estos tapices y la de los

muebles en general, les pareció de un lujo exultante, que nada tenía que envidiar a su corte de Etelnon.

Aparte de varias mesas alargadas con sus correspondientes escaños y taburetes, todos de formidable madera, podían ver cátedras con apoyabrazos, alto respaldos de madera labrada y asiento mullido dotado de cojines de paño rellenos de lana; también los llamados faldistorios, sillas plegables de cuero cordobés, o varias arcas donde guardar menaje y ajuar. La iluminación corría a cargo de grandes lámparas de araña y candelabros sobre altos trípodes, más otros menores dispuestos sobre las mesas, amén de diversos candiles de bella manufactura adosados a las paredes. Sobra decir que los combustibles de todas aquellas bujías y lámparas, eran exclusivamente cera y aceites vegetales.

En uno de los laterales existía una zona reservada a las damas. Dado que era propio de las mujeres de la alta sociedad, según moda copiada del mundo musulmán, rellenaran su tiempo libre con la plática, la música o la labor, sentadas en el mismo suelo, se alzaba para ellas un largo podio de madera cubierto por alfombras y bien surtido de toda suerte de cojines y almohadones que las preservase del frío y dureza del pavimento.

Hasta pudieron observar el delicado detalle de una pequeña mesa sobre la que habían dispuesto un tablero de ajedrez y sus piezas de marfil y ébano. No cabía duda, el hospedaje tenía que ser muy costoso.

Los dormitorios o celdas estaban repartidos entre los dos pisos superiores, el primero o principal, con los más confortables, y el segundo, abuhardillado, con los cuartos más económicos, siendo las divisiones interiores paramentos de madera. Se accedía a ellos a través de dos escaleras de piedra situadas una en cada extremo del salón.

Las de la primera planta disponían de todo lujo de detalles: Grandes lechos de madera con dosel, mullidos con colchones de plumas, y estos vestidos con juego de sábanas de lienzo, mantas de lana y cobertores de seda forrados con piel de conejo, amén de los correspondientes cabezales también rellenos de plumas. Arcones para guardar la ropa, banquetas, palmatorias con velas y lucernas con aceite, jofainas con sus aguamaniles y, por supuesto, los pertinentes orinales, completaban el mobiliario.

Los situados en el sobrado tenían como principal diferencia estar dotados de un lecho más humilde, un simple bastidor de madera que ofrecía como superficie de apoyo un entramado de cuerda, y la inferior calidad de su colchón, un jergón relleno de lana, siendo también peor la calidad de la ropa de cama. Aún así resultaban muy confortables y superiores a las mejores celdas de otras fondas.

Siguiendo la norma general, la misma allí que en cualquier otro local, las habitaciones individuales eran escasas, y poco frecuente que alguien alquilase un dormitorio grande para una sola persona dados los elevados precios a pagar, así que no resultaba extraño que el viajero compartiese cama con uno o varios desconocidos. Henric no tenía la posada al completo y pudo ofrecer lo solicitado por su amigo Ferdinand, tres dormitorios de la primera planta, es decir de los buenos, y tres de la segunda planta. Parecía evidente que en la mente del Mariscal estaba proporcionar la mejor calidad posible al mayor número de sus hombres situación anómala, criados durmiendo en habitaciones destinadas a señores cuando lo normal hubiese sido incluso enviar a los “empleados” a otra fonda más económica.

En principio las celdas especiales iban a ser destinadas a los tres “dueños del negocio”, al capellán y a dos de los “criados”, pero cuando se quedaron un momento a solas y procedieron a repartírselas, Adrien renunció a la suya por parecerle demasiado cómoda para su condición de monje sometido a la estricta Regla Latina, y Marie,

también obsesionada con los ideales místico militares de la Caballería, se ofreció para acompañar a su tío en la misma celda, y ni a ellos, ni a ninguno de sus compañeros, se les pasó por la cabeza que pudieran tener algún problema con sus diferencias anatómicas, todos les consideraban seres asexuados.

De esta manera, puesto que Bernard ya se había buscado como pareja al poco conflictivo padre Johannes, y otro dormitorio lo iba a ocupar el capitán, restó vacío uno de los de lujo que en buena lógica fue asignado a los otros dos Flambó, Paul y Pierrot.

Las dos habitaciones del segundo piso que faltaban por adjudicar serían, una para la pareja de criados, Lorent e Ibeloki, y otra para los dos escuderos, Rimont y Jacques. Sólo quedaba el sargento mercenario por acomodar, y Ferdinand, que poco a poco iba haciendo migas con él, no tuvo inconveniente en compartir con el mismo, el dormitorio y la cama.

El posadero conoció al cabo la forma en que se habían distribuido, y no dejó de encontrarla de lo más extraña: “¡Que uno de los jefes hubiera renunciado a una celda de primera categoría para irse a otra del sobrado!, ¡que su propio amigo compartiese habitación con uno de los empleados!”... Un sinfín de rarezas que unidas a otras, como el extremado afeminamiento de algunos de los empleados, en concreto los que llamaban Paul o “Principito” y el tal “Bicho”, sobre todo del primero, le daban qué pensar.

Una hipótesis muy verosímil era la de que aquellos mercaderes comandados por su amigo fueran unos desviados y pervertidos sodomitas, y eso no dejaba de preocuparle pues estaba gravemente penado por la Ley. Aunque él no se metía en las rarezas de sus huéspedes, ¡allá ellos!, y tampoco se iba a ir de la lengua, siempre se corría el riesgo de ser denunciado el caso por alguna de las otras personas alojadas en la posada.

Y no sabía Henric lo encaminadas que iban sus sospechas en al menos un caso particular. Aquella distribución inicial solamente duraría la primera noche, pues bien pronto Paul maquinó para compartir celda con Jacques, rogándole a su primo que se cambiara por su amado. Pierrot en un principio le dijo que fuera él el que se subiera para arriba, pero acabó cediendo a las súplicas de su pariente al comprender que las celdas de la segunda planta tenían paredes menos espesas y además no contaban con puerta, sino que suplían ésta con una cortina, por lo que era fácil que cualquier fisgón o despistado les sorprendiera in fraganti con el consiguiente riesgo de delación. Así el “Aristo” durmió desde el día siguiente con Rimont y el “Principito” con Jacques.

Una vez instalados en sus aposentos, el amigo del Mariscal propuso servirles la cena- la jornada, entre unas cosas y otras, estaba concluyendo- preguntando antes sobre la disposición en que deseaban sentarse. Ya no se sorprendió cuando le dijeron que usarían una única mesa para todos.

Ferdinand prefirió este acomodo para mantener a todo el mundo controlado a la vez que evitaba humillar innecesariamente a los Flambó. A él nunca se le habían caído los anillos por comer junto a sus hombres por baja que fuese su extracción social, coincidiendo en ello con el monje templario, y en esta cuestión no le dio importancia a lo que pudieran pensar otros huéspedes, y mucho menos al previsible malestar de Bernard. “Si no se había acostumbrado todavía, peor para él”.

Aquella tarde fueron trece a la mesa pues Henric quiso cenar con ellos a modo de bienvenida y también, por qué no, para conocer algo más de los recién llegados. La tabla era suficientemente grande como para acoger cómodamente a todos.

Había más comensales en torno a otras mesas que, por el aspecto, parecían en su mayoría mercaderes acomodados, no meros trajinantes o buhoneros, viéndose también

algunos otros con aire de caballeros de postín. Varios de los primeros tenían pinta por su indumentaria de venir de tierras muy lejanas, y luego supieron que eran griegos y que comerciaban con vinos de su país, al parecer muy apreciados en Zaragoza.

El posadero había pedido a los francos que se presentaran bien aseados al refectorio, pero, a pesar de haberse lavado cara y manos, y peinado los cabellos, su aspecto general seguía siendo sucio, tal como él se temía. De hecho tuvo la precaución de situarles en una mesa más apartada, y aún sustraerla parcialmente de la vista del resto de los huéspedes mediante una de aquellas cortinas que los empleados de la hostería colgaban de las vigas para deslindar unos ambientes de otros dentro de la enorme sala.

Empezó la sierva que les atendía por traer un acuamanil y una jofaina, con el propósito de echar agua sobre los dedos de los trece comensales, todo un lujoso detalle higiénico propio de una mesa señorial, al que algunos de los presentes tenían acceso por primera vez en sus vidas. Y ese mismo agasajo se repetiría tras los postres, con la novedad de que el agua vertida estaría entonces perfumada.

A continuación la mujer empezó a traer las viandas. Todas ellas resultaban de excelente calidad y confección: Pan blanco, caldo de gallina y berzas, truchas asadas con tocino, pastelillos de miel y almendras, y racimos de uvas a discreción, también, faltaría más, un vino de calidad. Todo un festín que devoraron con fruición, pues no en balde se habían saltado la comida principal de aquel día.

Pero lo que es sacarles prenda, el posadero se quedó con las ganas, la gente siguió al pie de la letra la consigna dada por el Mariscal, y nadie abrió la boca sino para engullir, limitándose ante las preguntas directas a asentir o negar con la cabeza, o a encogerse de hombros. El único que hablaba era su amigo, y Henric llegó a pensar que los demás eran todos sordos, mudos, tontos o no comprendían su idioma, “¡pero es que les hablaba en el mismo romance franco que sin duda utilizaban!, ¿tanto había cambiado

su acento?”.

De todas formas, Ferdinand le puso al corriente de cuanto demandaba, detalles sobre la mercancía que traían para vender, el asunto de los caballos, un encargo de un noble catalán residente en Barcelona, el “accidente” sufrido por el rocín que venía herido, la historia, inventada sobre la marcha, de cómo había abandonado las armas y el servicio a las ordenes del Conde Flambó de Etelnon... Y mientras, Henric le miraba con cara de no estar creyéndose nada de cuanto decía pues, conociéndole desde hacía muchos años, sabía distinguir cuando mentía y cuando decía la verdad. Pero una cosa era cierta, la tintura de pastel que por fin le mostrara su amigo antes de la cena, representaba un succulento negocio, y eso alejaba el fantasma de que le dejasen colgada la factura tras su estancia.

Terminaron hablando de Muret. El posadero les comentó que de no mediar la muerte del rey en la batalla, ésta hubiera pasado prácticamente desapercibida para la gran mayoría de los zaragozanos. Realmente habían muerto muy pocos de ellos en la lid, al menos que se tuviese noticia, y desde luego a nadie se le ocurría que el ejército de Simón de Monfort fuese a caer sobre la ciudad. Los habitantes, para nada hacían causa común con los herejes, y tampoco entendían qué era exactamente lo que había ido a hacer su monarca al otro lado de los Pirineos.

A pesar de lo que decía su viejo camarada, el Mariscal sabía a ciencia cierta que si las autoridades aragonesas se llegaban a enterar de la presencia de una partida de cruzados francos en Zaragoza, acabarían cuando menos detenidos, con todos sus bienes confiscados y pudriéndose en alguna mazmorra a la espera de que su Conde pagase el fabuloso rescate que le pedirían por ellos.

Ferdinand hizo entonces referencia a cierta frialdad en el trato por parte de algunos vigilantes y porteros a su llegada, y que achacaba al hecho de que, juzgándoles

mercaderes francos, les semejaran con los enemigos que acababan de terminar con la vida de su monarca y las de muchos aragoneses y catalanes, aunque no fuesen precisamente vecinos de la ciudad.

Su viejo amigo se lo quitó de la cabeza aduciendo que la posible antipatía hacia los francos, estaba muy compensada por las necesidades de aprovisionamiento que tenía la ciudad. Ésta no se encontraba todo lo abastecida que debiera de un tiempo a esta parte, y ello no era a causa únicamente de la guerra, sino principalmente de las malas cosechas de los últimos años. Los precios en el mercado estaban por las nubes, por eso se agradecía la llegada de cualquier mercader viniese de donde viniese, lo cual no significaba que fuesen a dejar de exprimirle a impuestos.

A la vista de una mesa tan bien provista, no podían creer lo que contaba Henric, aquel día fue el primero que oyeron hablar del asunto del hambre, sin imaginar para nada que de cerca lo iban a conocer.

## 9.2

Tras una noche de reparador descanso, se dispusieron a pasar su segunda jornada en Zaragoza, la correspondiente a los idus de octubre, martes.

El posadero había dispuesto que empezasen el día tomando el baño que tanta falta les hacía, de modo que encargó al matrimonio de siervos que se ocupaba de ese menester, preparase a primera hora las tres cubas de que disponía la fonda en la cabaña situada junto a cocina.

Debían calentar varias veces un enorme caldero que pendía de cadenas sobre el hogar, para acabar de llenar aquellas, alternando el agua hirviendo con los cubos de agua fría traídos del pozo. La operación resultaba tan penosa y lenta, a pesar de contar la pareja con la ayuda de algún mozo, y costosa, se consumía no poca leña, que solamente

se realizaría una vez, es decir, deberían bañarse los doce “mercaderes”, distribuidos en cuatro turnos, con la misma agua, rellenándose las cubas parcialmente entre vez y vez, a efectos únicamente de mantener la temperatura. Solía hacerse de este modo incluso cuando los huéspedes no se conocían de nada.

Era de esperar por ello que el primer turno fuese el más codiciado y el último el menos apetecible. Pero el capitán de la patrulla, como en casi todas las ocasiones que iban surgiendo, no se quiso aprovechar de sus prerrogativas para ser el primero, ni consintió tampoco que Bernard lo hiciese. Decidió que se formarían los tríos en razón de afinidades y luego se sortearía el orden en que entrarían a bañarse.

Estaba realmente obsesionado con que sus compañeros y subordinados llegasen al convencimiento de que la camaradería que preconizaba era auténtica, y no mera demagogia como había observado hacían otros capitanes, sobre todo cuando llegaba el caso de exigir lealtades. Y es que él apreciaba sinceramente a aquella tropilla, entre otras cosas por que los había visto crecer a su lado. Llevaba instruyéndolos desde niños, al menos a los Flambó y a Rimont, a Jacques más recientemente. Eso en cuanto a los guerreros, pero otro tanto podía decir de Lorent e Ibeloki.

Pues bien, el resultado del sorteo fue que los primeros en bañarse serían Bernard, el palafrenero y el paje, estos dos precisamente los de menor categoría social, en la segunda tanda lo harían Pierrot, Paul y Marie, en la tercera los dos escuderos y el sargento y, en la última, Ferdinand, Adrien y el capellán.

En realidad al templario le había correspondido ser de los tres primeros, pues en ese trío se encuadró por voluntad propia, pero fue tal el berrinche que cogió el hidalgo occitano cuando se enteró de que le había correspondido sumergirse en las miasmas dejadas por otros tres ante que él, chapotear quizás en las mismísimas mugres portadas por el palafrenero o el mercenario, que Adrien decidió cambiarle el turno, pues de lo

contrario Bernard se negaba a bañarse. Además al templario le complacía hacer ese pequeño sacrificio como cura de humildad.

Los siervos de la lavandería les proporcionaron todo lo necesario, jabón, lejía, estropajo, toallas, vinagre para los piojos... Increíblemente, uno de los juegos de camisas, calzas y bragas que junto con el resto de la ropa sucia, exceptuando la que llevaban puesta, habían entregado la víspera, se lo trajeron lavado y seco, no demasiado curiosas las prendas y además un tanto ahumadas, pero listas para su uso. Así que ahora podrían ponerse al menos ropa interior limpia, aunque tuvieran que esperar otro día para cambiarse también de túnica. Los demás atuendos, junto a los que ahora se quitaban, serían limpiados con más esmero, sumergidos en calderos con agua caliente y lejía, se batirían con bastones de madera, aclarándolos luego y perfumándolos después con hierbas aromáticas, para ser por último oreados al Sol.

Y más sorprendidos quedarían aún, cuando comprobasen aquella noche que las sábanas utilizadas la anterior, habían sido ya sustituidas, y no es que esa fuese la norma, sino que la posadera, a la vista de cómo las habían dejado, ordenó su inmediato cambio.

No todos afrontaron el baño con el mismo espíritu. Los hubo más reacios, a los que el capitán se vio obligado a dar orden tajante de tomarlo, como Richart, Lorent y el padre Johannes, pues el hacerlo parecía suponerles casi un sacrificio. En cambio, para otros, significaba un auténtico deleite después del tiempo pasado sin su disfrute.

Ejemplo de estos últimos eran los Flambó, en cuya añorada corte de Etelnon se bañaban durante los meses de verano una vez por semana, mientras que en los meses más fríos lo espaciaban un tanto, aprovechando para tomarlo fechas señaladas, que no eran pocas, como festividades religiosas y ceremonias sociales, en las que realizaban un aseo completo de sus personas. Y esto podía considerarse, para la gente acomodada como ellos, una higiene más que correcta.

Sin embargo había otros, precisamente los más remisos a ponerse en remojo, que seguramente por no contar con tantas facilidades, lo llevaban a cabo sólo de forma esporádica, por eso representaba para ellos una experiencia un tanto engorrosa.

Tras salir del cobertizo los tres primeros, ya secos y vestidos, y una vez que los siervos habían añadido algo de agua caliente en las cubas, entraron los del segundo turno, los Flambó. Marie espero a que saliesen los criados para desnudarse e introducirse rápidamente en el agua, dado que debía preservar su identidad sexual a todo trance. No le daba ningún reparo el que su hermano y su primo la viesen desnuda, desde luego no era la primera vez sino una de tantas, pero, como de costumbre, tuvo que soportar algunas guasas de sus parientes a las que ella respondía con total desparpajo.

En el fondo, Pierrot sí que se sentía mal cuando la veía así, pues acudían a su mente sentimientos de frustración sexual, de culpabilidad por sus íntimos e indecorosos deseos, y también de nostalgia por aquellos juegos prohibidos con su prima, cuando ambos eran niños.

Ahora, de adultos, ella parecía haber olvidado todo aquello y él reconocía que sus sentimientos por Marie se concretaban en un descomunal afecto, más propio de hermanos que de primos, y ninguna otra especie. No era de recibo el pretender seguir divirtiéndose con ella sin estar enamorado. Se había convertido ya en una mujer adulta, aunque a veces lo disimulase tan bien bajo su máscara de guerrero, y lo que necesitaba en verdad era encontrar algún día un buen varón como marido, y no otra cosa.

Cuando terminaron, Marie abandonó la cuba y, tras secarse y vestirse, también la cabaña, con tanta diligencia como había puesto a su entrada. Poco después también se marchó Pierrot y solamente restó allí el primogénito del Conde, secándose cuidadosamente y extendiéndose algún tipo de potingue por el cuerpo, algo que traía en

su equipaje y que le habían asegurado en su día mantenía la piel más joven. En ese momento penetró en la estancia Richart.

Al sargento le correspondía bañarse en el tercer turno, pero era evidente su anticipación pues los siervos no podían haberle avisado de que el agua estuviese ya lista. Su pretensión estaba bien clara, sorprender desnuda a Marie en el momento de salir de la caba, moviéndole a ello una mezcla de morbo y curiosidad, y también, cómo no, buscar ofenderla profanando su intimidad a modo de desagravio por todos los encontronazos tenidos con la moza. Pero se encontró con que la Flambó había sido más rápida. Un tanto decepcionado, se sentó en espera de que estuviera preparado su baño y, mientras aguardaba, comenzó a observar a Paul.

El joven frotaba su cuerpo desnudo con voluptuosidad mientras esparcía la crema por toda su piel. Era en esos momentos absolutamente ajeno a cualquier tipo de estímulo que pudiese estar provocando en el mercenario, tanto, que incluso tuvo la imprudencia de por curiosidad echar una rápida ojeada hacia las partes pudendas de éste, que para ese momento había comenzado a desvestirse. Aquello lo tomó Richart como una invitación.

El sargento despreciaba a los “maricones“ y “nenazas” que como Paul pretendían emular a las mujeres pero, a pesar de jactarse, hasta llegar a cansar, de ser más macho que nadie, mantenía bien oculto, al menos a sus actuales compañeros, que a parte de ser un perverso, degenerado y sádico con las féminas, también contaba con una importante experiencia sodomita.

A lo largo de su brutal vida no se había conformado sólo con violar mujeres, además había forzado a muchos hombres. A veces se trató de enemigos vencidos, pero otras fueron simples campesinos indefensos que nada le habían hecho. Y la escasa edad, salvo que fueran aún criaturas de pecho, tampoco le producía problemas de conciencia.

Él a su vez, también había sido violado de niño en repetidas ocasiones por los crueles guerreros que le secuestraron y criaron.

Richart, presa de la excitación al imaginar que el joven deseaba ser tomado, terminó de desnudarse y se abalanzó sobre él en el momento que éste le daba la espalda. Paul, estupefacto por aquella reacción que para nada había previsto, empezó a forcejear intentando volverse y apartar de su agresor la zona por él apetecida. El sargento, con su miembro erecto, intentaba la penetración sin conseguirla mientras hacía caso omiso de las peticiones y ruegos del muchacho.

Y no la lograba porque el Flambó se resistía con firmeza, pero también porque el mercenario, a pesar de su agitación, tenía claro que no debía hacerle daño, su pretensión era violarle “con toda delicadeza”. Tampoco Paul se decidía a utilizar toda su fuerza para quitárselo de encima o al menos optaba por gritar pidiendo auxilio, que hubiera sido un remedio bastante eficaz. Lo primero le daba miedo, Richart podía en medio de su ofuscación darle algún golpe mortal, y lo segundo, vergüenza.

En ese momento llegaron a la vez, Jacques por una puerta y por la otra, que daba a la cocina, los criados acarreando una gran perola de agua hirviendo. El sargento soltó inmediatamente a su presa, pero tanto al escudero como a la pareja de siervos, les quedó bien patente lo que estaba ocurriendo.

El amante del “Principito” comprendió en un instante: el machote entre los machotes, el que tanto se había burlado de ellos por su desviada conducta, apeteciendo el culo de su amigo le había intentado forzar a las bravas. Todos los detalles quedaron retenidos en su retina en un solo segundo, el hijo del Conde efectivamente se defendía, pero no le pareció que con toda la vehemencia que requería el caso y, por otra parte, ¿qué tipo de provocación podía haber recibido el mercenario para obrar así?, ¿tal vez su amado lo andaba buscando? En el mejor de los casos no había sido lo suficientemente

recatado, había lucido temerariamente su hermoso cuerpo delante de aquel crápula, ¿quizá sólo por inocente coquetería?

La natural indignación de Jacques al ver como agredían a Paul, azuzada por los celos que le provocaban estas dudas, le hicieron perder el control y se lanzó furioso sobre Richart. Tras unos primeros empujones del escudero que hicieron chocar al sargento contra la pared, ambos se enzarzaron abrazados en una lucha cuerpo a cuerpo. No hubo puñetazos pues Richart continuaba manteniendo su empeño de no desgraciar a nadie, por ello prefirió contener la furia de Jacques pugnando a muy corta distancia. Ambos cayeron entrelazados al suelo.

El escudero era fuerte, no cabía duda, y de más envergadura que el sargento, pero éste, aún más vigoroso y dotado de mayor destreza, acabó dominándole con una llave. Paul no quería intervenir a favor de su amante para no humillarle aún más, pero sufría lo indecible viendo la violencia desatada por su culpa.

Los criados, que habían desaparecido hacía rato escandalizados por la lasciva escena y espantados por la ulterior pelea desatada entre los huéspedes, corrieron a avisar al posadero y a los francos responsables de aquellos mercaderes. Al primero que encontraron fue a Adrien, que acudió presuroso.

Bastó su sola presencia para que los dos hombres, que no habían atendido a los llamamientos de Paul a la cordura, se soltaran y levantasen del suelo. Los siervos ya le habían puesto en antecedentes y tenía una idea bastante clara de lo sucedido.

Richart, que temía ahora una respuesta por parte del templario similar a la que recibiera de Ferdinand en Foix, se disculpó:

- ¡No pretendía hacerle daño, pensé que él lo quería!- decía señalando a su víctima- ¡Y luego vino este maldito, que no sé qué mosca le ha picado, y me atacó a pesar de que yo ya había soltado a Paul!

- ¡¿Qué clase de bestia inmundada eres?! ¡¿También violarías a uno de los nuestros?! ¡Sí claro, que cosas digo, y a tu propia madre si es que la has tenido!- le recriminó el templario.

La mención de su madre le dolió extremadamente al sargento, pues para él esa palabra evocaba un sentimiento sublime, algo que recordaba le habían arrebatado violentamente siendo una criatura de pocos años. Pero trató de no reaccionar impulsivamente y volvió a excusarse:

- Os repito fray Adrien, que pensé que él quería que yo se la metiera, me provocó... o a mí me pareció así.

En ese momento quisieron hablar a la vez Paul y Jacques, para defenderse el primero, para imputar toda la culpa al mercenario el segundo, mas Adrien quiso ser él solo quien le reprendiera, de modo que despidió a todos los presentes, incluyendo siervos, con un rotundo “¡Fuera!”, para a continuación seguir amonestando al sargento:

- ¡Se te está tratando como si fueses uno de los nuestros, un igual, cuando para nada lo eres, y tal vez sea ese el problema, el tratarte como una persona cuando en realidad no eres más que basura;- el templario pudo ver en el semblante de Richart una mezcla de furia contenida: rostro arrebatado, mandíbulas y puños crispados y tremolar de miembros en tensión, mezclado con un dramático aire de pesadumbre que había logrado humedecer sus ojos de mirada feroz, pero no detuvo sus reproches - Y no lo digo por la pobreza de tu origen, ya ves lo poco que nos importa eso al Mariscal o a mí, sino por los abominables pecados con los que cargas impenitente y de los que es imposible te arrepientas algún día, pues tu soberbia recalcitrante te incapacita para ello.

- ¿No es cinismo el llamar pecado abominable lo que hago yo, y mirar para otro lado cuando es un sobrino el que lo hace?- se defendió el mercenario con voz ligeramente trémula - Él roba la manteca de las provisiones para que le entre mejor la

cola de su amigo, y eso lo sé yo y lo sabéis vos.

- ¡¿Cómo te atreves a comparar eso con lo tuyo?! Para empezar él no roba nada, porque la manteca, el resto de las provisiones, los animales y hasta tú mismo en este momento, le pertenecéis, porque es el hijo del Conde de Etelnon, ¿entiendes?, en su ausencia le representa como si fuera él en persona. ¡¿Tú quién eres para juzgarle?! Tiene una enfermedad, es cierto, una desviación que le hace ser medio hombre, medio mujer y mantener relaciones pecaminosas que condenan nuestra Iglesia y la sociedad, pero no seré yo quien tire la primera piedra contra él. Y quitando ese defecto que al parecer, ¿quién lo diría?, ambos compartís, no encuentro ni por lo más remoto ninguna otra condición que os pueda asemejar lo suficiente como para que puedas decir que yo no veo pecados semejantes a los tuyos en él. La diferencia, ¿la quieres saber?, Paul es un hombre de bien con un defectillo, tú una bestia salvaje al servicio del Mal, aunque dudo que seas consciente de esto último.

Adrien pretendía que el sargento perdiera el control y respondiera a sus severas imputaciones intentando agredirle, lo que le proporcionaría la excusa para propinarle una paliza inolvidable, pero no lo logró.

Richart miraba furibundo al monje guerrero, le odiaba, le deseaba la peor de las muertes, nadie hacía tiempo le había hablado así. Sus palabras le habían hecho más daño que en su día los puños de Ferdinand, y no se lo explicaba, pues no eran más que las palabras de un beato, de un meapilas, por muy ducho que fuera con la espada. Siempre había considerado que un guerrero con sentimientos estaba por debajo de uno como él mismo, que no tenía que poner límites a su crueldad. ¿Por qué, se preguntaba, aquello le dolía tanto ahora?

Tiempo más tarde lo comprendería. Convivía con un grupo de personas con las que se sentía a gusto por primera vez en su vida, y en su interior más profundo, por

debajo de su soberbia y su máscara de impiedad, anhelaba de forma casi inconsciente que le tomasen por uno de los suyos.

Por eso en aquel momento, en vez de saltar sobre el templario, por el que sentía cierto recelo pero en absoluto temor, para hacerle tragar sus palabras o al menos que las pagase caro, prefirió, sin saber por qué, guardar silencio y contentarse con sostenerle la mirada desafiante y altivo, sin arredrarse por la dura amonestación ni avergonzarse de su desnudez.

- ¡Sólo te voy a hacer esta advertencia!,- sentenció finalmente Adrien- si vuelves a hacer mal a uno de los nuestros, o vuelves a meter la pata con el resto de la gente de tal modo que pones en peligro nuestra sagrada misión... ¡te mataré!, sin remordimientos porque lo haré en nombre del Señor. Así que te aconsejo que si no estás seguro de poder comportarte como un ser humano en lo que dure esto, coge tus cosas y lárgate, todavía estás a tiempo.

El templario esperaba como respuesta cuando menos una acometida verbal por parte del mercenario, pero éste, para su sorpresa, contestó reposadamente:

- Quiero hacer este trabajo fray Adrien, y lo haré bien. Cuando lo terminemos os pediré cuenta de vuestros insultos.

- ¡Estupendo! Será un buen momento para enviarte al infierno, tu verdadero hogar, y repartir tu soldada y propiedades entre los pobres.

- ¡Ya se verá! Ahora os pido que esto quede entre nosotros, no es necesario que el capitán se entere del malentendido que aquí ha ocurrido.

- ¡Haré lo que considere oportuno! Y te recuerdo, tu próximo “malentendido”... será el último- contestó el monje al tiempo que se daba la vuelta y abandonaba la caseta.

No tardaron en regresar los siervos con el agua y al poco Jacques y Rimont

dispuestos a tomar su baño, Richart ya estaba dentro de una de las cubas. Los tres se lavaron sin mediar palabra entre ellos.

En el siguiente turno lo hicieron el Mariscal, Adrien y el capellán, sumergiéndose en un agua ya de color ocre aunque la espuma de la superficie ayudase a disimularlo. Ferdinand pensó por un momento que era un poco tonto, pero sabía que había obrado legalmente con sus hombres y eso le producía gran satisfacción.

El templario no le contó nada de lo sucedido, y cuando el chisme le llegó unos días más tarde, la cosa ya se había enfriado mucho, por lo que no tomó ninguna medida al respecto, salvo la de procurar no darle la espalda al sargento en la cama y advertirle “que si encontraba su picha demasiado cerca, se la cercenaría de un tajo”.

Pero antes de eso, aquel mismo martes o “tercera feria”, Richart se confesó con el capitán a solas. No fue para contarle lo que había hecho aquella mañana sino para poner en su conocimiento cuán grande era su estado de excitación, necesitaba con urgencia acudir a sofocar su ardor con cualquier prostituta pues “temía“, así lo dijo aunque él mismo se escuchó extraño, “cometer cualquier barbaridad con alguna de las siervas que trabajaban en la posada o, lo que es peor, con una de las parientes del propio Henric”.

El problema consistía en que no tenía una meaja con que pagar a la puta y Bernard no hacía más que darle largas con la soldada que le debía, “se está buscando lo suyo el mamón éste, para el que por supuesto ya no trabajo”. Le recordó entonces al Mariscal que días atrás había prometido llevarle a echar una cana al aire, y ese momento no podía postergarse más.

Ferdinand le comprendía, pues él mismo estaba que se subía por las paredes. Llevaba una temporada desahogándose con la mano, pero juzgaba no estar ya en edad de recurrir a ese pobre sucedáneo del coito, ni de tener que esconderse durante sus guardias nocturnas para no ser pillado in fraganti por alguno de sus hombres, o algo

mucho más terrible, por los virtuosos Adrien y Bernard, a los que imaginaba mirándole impertinentes con cara de estar viendo un grotesco sátiro, “¡una polla!, no les voy a obsequiar con ese espectáculo de ninguna manera“.

Así pues, el capitán explicó al mercenario que tenía el firme propósito de cumplir su palabra, además de porque su comportamiento en las últimas semanas, quitando lo del “asuntillo” de Jaca, había sido bastante aceptable y merecía ese premio - evidentemente ignoraba lo acaecido ese mismo día en los baños- también porque él mismo lo necesitaba. Pero el problema radicaba en la falta de liquidez del grupo, cuya bolsa estaba en las últimas, por tanto le pedía aguantase unos pocos días más hasta que consiguiese solucionarlo.

Según fueron terminando el aseo personal, incluido el rato tras el baño que dedicaron a desparasitarse unos a otros, espulgarse los piojos de la cabeza, quitarse garrapatas,... destinaron el resto de la mañana y la tarde, con el intermedio de una opípara comida, al cuidado de sus animales.

Ya se habían empleado en ello la víspera, pero muy por encima, ahora, amén de un escrupuloso cepillado de todo su cuerpo, les practicaron una limpieza a fondo de las pezuñas, con cura de grietas, accesos y razas, así como de alcances y heridas en las patas, o de las rozaduras producidas por los arreos.

Se podía decir que todos los animales, excepto uno, habían alcanzado Zaragoza en buen estado. Solamente el rocín herido presentaba un rápido empeoramiento. Tal como Lorent sentenció el día del encuentro armado, porque así lo verificaba la experiencia, las posibilidades de sacar adelante un caballo herido por arma cortante, eran inversamente proporcionales al aspecto de abandono de ésta, y las lanzas y podaderas de los forajidos daba congoja verlas.

Menos los tres que representaban el papel de patronos, que saldrían de la posada para gestionar la solicitud del permiso de venta y el alquiler de algún puesto en el mercado, el resto se implicó en esta para ellos grata tarea, mantener un contacto estrecho con sus monturas, herramientas de trabajo al tiempo que, nunca se insistirá demasiado, auténticos camaradas. Desde el mismo momento de su llegada, indicaron al caballerizo de la posada que se limitara a vigilarlos durante las horas que ellos no estuvieran presentes, pero sus dueños se reservaban para ellos todas las tareas de alimentación, limpieza y mantenimiento.

Ferdinand, Adrien y Bernard, se dirigieron a media mañana hacia el Almodí, almacén general del grano, donde les habían informado podrían encontrar al Almotafaz, el responsable de las transacciones comerciales en la ciudad, a quien deberían solicitar permiso para poder mercadear.

Salieron a la calle donde se levantaba la posada y encaminaron sus pasos hacia el Oeste, callejeando en busca de la Puerta de Toledo para, atravesando por allí la muralla interior, alcanzar el mercado principal de Zaragoza, situado entre el arrabal del Rey o barrio de los mercaderes y el lienzo oriental del casco viejo.

Se trataba de una explanada alargada que se extendía desde la muralla cercana a la orilla del Ebro, más abajo de la puerta de Toledo, hasta tocar, al Sur, la albardería, barrio ya perteneciente a la alhama mora. La distancia que debían recorrer para llegar allí no era mucha y, a buen paso, podía hacerse en menos de diez minutos.

El templario marchó luciendo su nueva estampa, cabeza completamente rapada para hacer desaparecer su tonsura clerical, y afeitado el rostro, resultando casi irreconocible sin su poblada barba y espesos cabellos. El motivo de aquella transformación era evitar el ser reconocido por algún freire. En la ciudad, no sólo los

caballeros de la Orden del Hospital de San Juan disponían de Casa, también el Temple tenía la suya y no demasiado lejos de la posada de Henric.

Habiendo residido en ella por una corta temporada hacía tan sólo unos meses, de cruzarse con cualquiera de los miembros de esa comunidad podía ser reconocido a pesar de no portar el hábito, y resultaba difícil encontrar un pretexto convincente para no haberse presentado al preceptor templario en Zaragoza nada más llegar, explicándole el porqué de su presencia.

Por motivo parecido, no ser fácilmente identificado por sus parientes herejes en el caso de que se hallaran todavía en Zaragoza, también el hidalgo occitano había cambiado su imagen. Se había esquilado sus onduladas melenas y, como quiera que llevaba unas semanas sin afeitarse, ahora, a su habitual estrecho bigote del que había suprimido las tiesas puntas, acompañaba una recortada barba canosa.

Al pasar junto a los cubos que flanqueaban la puerta de Toledo, donde se percataron de inmediato que se localizaba la cárcel, no pudieron evitar el mirarse Adrien y Bernard, mientras pensaban probablemente en lo mismo: “¿terminarían allí encerrados?”. Ambos hombres caminaban juntos y un poco por delante de Ferdinand, al que ninguno de los dos dirigía la palabra, aunque, a decir verdad, tampoco es que se diese entre ellos una conversación muy fluida.

Giraron a la izquierda para recorrer la gran plaza de abastos de Norte a Sur, casi cuán larga era, ya que el Almudí quedaba en su esquina Suroeste. El mercado, a pesar de lo espacioso, estaba repleto de gente de toda condición.

Rebasaron el Alfolí, o almacén de la sal, otro lugar de importancia primordial para el abastecimiento de la ciudad, y también el cadalso y la picota, que se levantaban tétricamente en mitad de la explanada. Ahora ni siquiera se miraron entre ellos, pero una sensación angustiosa, que llegaba a ser extrema en el caso de Bernard, les

acompañó por un buen rato.

Llegados al Almudí, preguntaron por el Almotafaz y éste no tardo en atenderlos. Trabajaba con un ayudante, un escribano que debía tomar nota de los datos requeridos por aquel.

Les interrogó sobre su procedencia, mercancías que traían para vender, qué cantidad de ellas, cuánto tiempo estarían en la ciudad... Después les informó sobre los precios de alquiler de lo que llamaban una “tabla”, esto es, un puesto al aire libre, y sobre las normas del mercado. No fue necesario ponerles al corriente sobre el sistema de pesos y medidas vigente, puesto que el producto en cuestión, ya que iba a ser vendido en su propio envase, no lo requería, pero, eso sí, les advirtió que los tarros debían estar llenos hasta arriba, de lo contrario se consideraría un fraude y, cómo no, les puso al corriente de todos los tipos de calañas y castigos físicos con los que pagarían el más mínimo intento de timo.

El arrendamiento de la tabla era costoso, y lo peor de todo que no sólo debían pagarlo por adelantado, sino que además habían de entregar una fianza como prenda de pago de posibles infracciones. Alguna de estas exigencias devenía del hecho de no ser conocidos en Zaragoza, como les explicó el funcionario.

El cargo de Almotafaz era de una gran responsabilidad, tanto que se podía decir ocupaba un segundo puesto en la jerarquía política de la ciudad.

La cúspide del poder la ocupaban tres autoridades cuyas parcelas de mando no se interferían significativamente. El ya mencionado Merino, también denominado Baile, representante del Rey, una especie de gobernador civil y militar, más bien esto último, pero sobre todo un recaudador de los tributos debidos al monarca, que intentaba inmiscuirse lo menos posible en los asuntos que no fuesen de su entera competencia. El

Obispo, tutor de las conciencias ciudadanas, lo que no era poco, pues las múltiples facetas del entramado religioso alcanzaban los más recónditos aspectos de la vida cotidiana. Y, por último, el Zalmedina, cabeza de todo el aparato administrativo y también juez supremo de la ciudad, pues ostentaba además en aquella época, en contra de lo usual, el oficio de Justicia.

Bajo la supervisión de éste último estaba por tanto el Almotafaz con sus ayudantes; los tres Capdeguaytas, jefes de la guardia del Concejo, cada uno de ellos al frente de diez hombres; el Alcaide, responsable de perseguir los delitos criminales apoyado por los anteriores, así como por sus alguaciles y andadores; el Mayordomo o encargado de la hacienda municipal; el Veedor de muros y carreras, con el cometido de vigilar la seguridad de los edificios y la higiene de las calles; el Sobrejuntero, dependiente más bien del Merino, y cuyo cometido era hacer cumplir la ley en los alrededores de la ciudad, contando en su labor con el auxilio de los monteros; y el Notario del Concejo, secretario que levantaba actas de las reuniones y dirigía las labores de los escribanos municipales. Oficios a los que había que sumar el resto de oficiales necesarios para organizar la gobernabilidad de la ciudad: físico, cirujano, teloneros, porteros, vigías y velas para custodia de puertas y murallas, pregoneros, verdugo y algún que otro más.

Hasta hacía pocos años, Zaragoza había dependido de un Señor feudal situado por encima de todos los cargos citados, pero eso ya pertenecía al pasado. Ahora no existía ninguna autoridad intermedia entre el Rey y el gobierno municipal, el Merino era un simple delegado, y el cuerpo de ciudadanos constituía un Concejo de realengo. Es decir, el poder descansaba en los mismos vecinos, entiéndase cristianos varones cabezas de familia con casa propia en la ciudad, que no en los familiares de éstos o en los simples moradores de cualquier tipo, y más concretamente, pues lo anterior no pasaba de ser teoría, en la élite de estos vecinos: los infanzones y caballeros, aunque no estuvieran

expresamente incluidos en el Fuero, y los “hombres buenos”, ó burgueses acomodados, o sea, en el conjunto de los “patricios” de la urbe, o dicho de otra manera, en los “ciudadanos” acreditados.

De sus filas salía, propuesto por ellos y confirmado por el monarca, el Zalmedina, y también el llamado Tribunal de los Veinte, institución formada por veinte ciudadanos que constituía, en última instancia, el máximo órgano de justicia y poder de la urbe, aunque normalmente delegasen sus facultades en el Zalmedina.

El Almotafaz era un hombre muy ocupado y no tenía tiempo que perder, por eso su entrevista con los “mercaderes” francos en realidad duró menos de lo que se tardaría en relatar.

Dado que la calderilla que restaba en la bolsa del grupo era a todas luces insuficiente para hacer el abono, solicitaron finalmente la reserva de una “tabla” que vendrían a pagar sin demora, a lo que el funcionario respondió que el contrato no se podía cerrar si no aportaban el metálico por anticipado. Sospechando que no disponían del dinero necesario, les sugirió pidiesen un crédito a los cambistas que operaban muy cerca del Almudí, en tiendas de la misma plaza, dicho lo cual les despidió sin más contemplaciones.

Al salir del edificio, comenzaron a examinar la explanada curioseando un poco por todas partes. La actividad en el mercado empezaba a mermar según se iba acercando la hora de comer, muchas tiendas y puestos echaban el cierre hasta la tarde.

Se acercaron a la tabla que les asignarían en caso de cerrar el trato, que se encontraba muy próxima al mismo Almudí, en la zona donde los cristianos vendían sus hierbas, la especería. Tenían enfrente los tenderetes de los zapateros judíos y, un poco más allá, el siniestro “pellerich”, como llamaban en aquella tierra a la picota. Por detrás

de ella se alzaban nuevas filas de tenderetes y luego la imponente muralla de piedra, entre cuyos cubos se levantaban casas adosadas a la cerca, que abrían en sus bajos otra serie más de tiendas. Y este conjunto sólo constituía el extremo Sur, el más alejado del río, de la larga explanada del mercado.

El puesto que podía llegar a ser suyo, y en el que ahora se despachaba alumbre, estaría al parecer ocupado hasta el mismo jueves por la tarde, de modo que podrían empezar a utilizarlo a partir del viernes o “sexta feria”.

Ojearon de lejos, sin llegar a acercarse, los puestos de los cambistas, mayoritariamente hebreos, como no podía ser de otra forma, al menos en lo tocante a los que se dedicaban además al crédito, pues la Iglesia Católica prohibía a los cristianos la usura, es decir el préstamo con interés.

Ferdinand tenía muy claro que sólo recurriría a los cambistas en caso extremo, primero porque sabía le pedirían algún bien como garantía para cerrar el trato, y segundo puesto que el precio del préstamo era tal, que lo hacía totalmente indeseable de no ser absolutamente necesario. No era difícil encontrarse con algunos que te exigiesen intereses del cuarenta por ciento o incluso más, ¡por un solo mes de crédito!

A pesar de las pocas ganas que Adrien y Bernard tenían de dialogar con el capitán, departieron brevemente con él sobre el asunto del alquiler.

La primera idea que desecharon fue la de volver a constituir un fondo común con el dinero que pudiesen reunir entre todos, pues estaba claro que a esas alturas solamente Bernard y el padre Johannes disponían de peculio particular, nada les quedaba a los demás. El hidalgo occitano arrugó el hocico nada más oír mencionar la posibilidad, era evidente que no accedería a quedarse sin blanca. Y se podía presumir que otro tanto sucedería con el capellán.

El Mariscal y el templario sabían que si forzaban la situación, tal vez consiguiesen

que los dos mezquinos compañeros soltasen la mosca, alcanzándoles entonces para pagar el arriendo, pero no les sobraría nada y esa no parecía la mejor solución. Hasta que pudiesen empezar a ganar dinero con su negocio pasarían cuando menos cuatro días, y tenían necesidad de disponer de liquidez para afrontar los inevitables gastos de las gestiones encaminadas a obtener información sobre los herejes.

Volvieron hacia la posada entrando de nuevo en el casco viejo por la Puerta de Toledo y tomando la calle Mayor, la arteria que atravesaba la ciudad de Este a Oeste. Marchaban meditabundos buscando alguna solución. Bernard mucho se temía que tendría que aflojar la bolsa otra vez y buscaba alguna estratagema para poder reservarse a escondidas una parte de su dinero.

Pero no iba a hacer falta, Ferdinand había tomado la decisión de pedírselo a su amigo y así se lo comunicó a los otros dos. Pero barruntaba que para obtener su ayuda, tendría que ponerle al corriente de todo el asunto que se traían entre manos y aún prometerle una parte del tesoro.

Le preguntaron ambos si hasta ese punto se fiaba de Henric, y a la respuesta afirmativa del capitán, Adrien dio su consentimiento siempre y cuando no comprometiera para nada la Sagrada Corona, antes bien, ni siquiera debía hablarle de ella si no era totalmente imprescindible. A Bernard también le pareció bien, pero deseaba que fijase con el posadero un precio “razonable” por su ayuda y no le hiciese participe de un porcentaje, a menos que éste fuese mínimo.

Tras doblar a su derecha y recorrer varias callejuelas que se adentraban en el barrio de San Felipe, alcanzaron sin tardanza la fonda. Llegaron con tiempo suficiente para participar en la pantagruélica comida.

Henric ya no almorzó con ellos y, puesto que su aspecto general de limpieza y olor corporal eran aceptables, tampoco consideró necesario mantener la mesa aislada del

resto de sus huéspedes. Comieron en el mismo ámbito de éstos, algo que no fue muy bien acogido por los cruzados pues la intimidad les venía como anillo al dedo.

Al terminar, Ferdinand solicitó a su amigo le concediese una entrevista a solas, tenía algo importante que contarle. Éste le citó en su propia casa después de completas.

Transcurrió la tarde sin más novedad y, tras la cena, el Mariscal se dirigió en solitario hacia la vivienda familiar. Una vez allí, pidió al dueño se asegurase de que la conversación que iban a mantener fuese absolutamente confidencial, ninguna persona, sea pariente o criado, debía escuchar lo mas mínimo de ella.

Henric, cada vez más escamado, salió de la estancia y echó una mirada en las inmediaciones, tuvo que dar unas cuantas voces para mandar a alguno de sus hijos a acostar y otra más para que una sierva entrometida dejase de merodear por allí. Cuando estuvo convencido de que estaban solos, volvió a entrar.

El Mariscal no sabía muy bien como empezar, temía una reacción airada de su amigo, pero después de varios circunloquios fue directo al grano, empezó a largar y... lo acabó contando todo, de principio a fin.

El posadero le escuchaba en silencio mientras en su rostro se iban reflejando los diversos estados de ánimo por los que pasaba: de la intriga inicial al asombro, y de ahí a la furia contenida. Desde un principio había sospechado que su ex compañero no jugaba limpio, pero aquella descabellada historia de la que le estaba haciendo partícipe era inimaginable: “¡Este puñado de cretinos son en realidad cruzados de Simón de Montfort! Es decir, enemigos de Aragón, ¡y están aquí, en el mismo corazón del reino, tramando hacerse con un fabuloso tesoro! ¡Es increíble, pero no tanto tratándose de Ferdinand!”.

Dominó su rabia lo suficiente como para mantenerse callado y continuar oyendo

los asombrosos detalles que aquel “malnacido” no paraba de revelar: Que dos de sus hombres eran hijos, y otro un sobrino, del Conde Flambó, magnate sobradamente conocido por él. Que además uno de ellos era en realidad una mujer, algo que el posadero había presumido desde el principio, aunque siguió sin saber que recelaba del sujeto equivocado. Que otro era un monje del Temple: “¿Y qué cojones me importa eso?”.

Ni siquiera esos pormenores quiso guardarse el capitán, pues comprendía que tarde o temprano Henric los conocería y se sentiría de nuevo engañado.

Tampoco escondió el asunto de la Reliquia, como le pidiera Adrien, y sí le prometió una parte del tesoro, exactamente un quinto, contradiciendo los deseos de Bernard.

No era consciente Ferdinand en esos momentos de si estaba verdaderamente dispuesto a cumplir este pacto que cerraba a espaldas de sus compañeros y de los vástagos del Conde, pero sí de que debía poner en ese preciso momento toda la carne en el asador si deseaban tener a Henric de su parte y poder usar la posada como una base segura de operaciones.

Aparte del pellizco del tesoro, recibiría el pago justo de todos los gastos, habidos y por haber, durante la estancia del grupo en su fonda, y esto independientemente de que lograsen al final hacerse o no con aquel.

El posadero, inquieto y con la mirada perdida, cavilaba sobre toda aquella disparatada propuesta que en el fondo le empezaba a entusiasmar. No sólo le transportaba a tiempos lejanos en los que se involucraba en aventuras de todo tipo, sino que la codicia empezaba a tirar de él. Uno de esos sacos del tesoro, que era lo que le aseguraba su amigo obtendría por participar, si éste decía verdad, valía muchas veces más que todo su negocio. Por otro lado, en el peor de los casos, el cobro del alojamiento

estaba asegurado por la misma mercancía, ésta sí muy real, que pensaban vender en el mercado, o bien por los valiosos animales que guardaban en sus cuadras. Pero no acababa de disipar sus temores por su familia y negocio.

El Mariscal, intuyendo que le estaba llevando a su terreno, pasó a exponerle el problema de la falta de liquidez que padecía su grupo, era necesario que les anticipase una cantidad para alquilar la tabla del mercado y poder disponer de un remanente con el que hacer frente a los gastos de la operación.

Henric se puso de nuevo en guardia, ¿podía ser que Ferdinand le hubiese puesto al corriente de sus proyectos por el solo hecho de no disponer de dinero, y no porque apreciase en algo su amistad? Repasó otra vez la situación: Un grupo de doce aventureros comandados por un conocido del que no sabía nada desde hacía ocho años, llamaba a su puerta para proponerle el insensato plan de arrebatar a unos herejes del Languedoc refugiados en Zaragoza y protegidos sin duda por las autoridades, un tesoro que probablemente estaba ya a buen recaudo en alguna institución civil o religiosa: “¡Descabellado!”.

Todas las justificaciones legales y morales que pudiesen tener aquellos cruzados, las habían perdido nada más pasar la raya de los Pirineos, o incluso antes, si es que alguna vez contaron con ellas. Aquí y ahora, no eran más que una panda de intrigantes fuera de la Ley, y ello en todos los sentidos en que se mirase: continuaban siendo enemigos del reino, disponían de armas introducidas en la ciudad clandestinamente, asumían falsas identidades e incluso alguno de ellos utilizaba ropas impropias de su sexo...

Y aún tuvo el chiflado de Ferdinand la desfachatez de hacerle una última solicitud que significó la gota que desbordaba el vaso de su paciencia. Le pedía que, dado el requisito de privacidad necesario para llevar a buen término el negocio que pretendían,

se deshiciera discretamente del resto de los huéspedes poniendo cualquier excusa creíble y no perjudicial para la reputación de la posada. Y por el mismo motivo, nadie de su familia o criados debía conocer aquel secreto, tanto para que no se fuesen de la lengua, como por resguardar su inocencia en el hipotético caso de que algo saliese mal.

El posadero se levantó indignado e indicó a su amigo la dirección de la puerta. Pero el Mariscal, que le conocía en igual medida que el otro a él, calibrando la vehemencia de su gesto se percató de que no todo estaba perdido. Al alcanzar la salida se volvió hacia Henric y le pidió que, antes de tomar una decisión precipitada, meditase en profundidad el asunto que le proponía. Le aseguraba que su proyecto contemplaba el actuar de forma tan sutil que nadie debería salir dañado, ni siquiera los propios fugitivos, y desenvolverse con tanto sigilo que las autoridades no llegarían ni a enterarse de su presencia en Zaragoza. No tenía ninguna cosa que temer, tampoco nada que perder, pero sí mucho que ganar.

### **9.3**

Al día siguiente, cuarta feria, el capitán de los cruzados, en espera de la respuesta de su amigo, que presumía afirmativa, consideró imprescindible acometer sin más demora la tarea de descargar las galeras y organizar el almacenaje de la mercancía, provisiones, equipajes y equipos, dando total prioridad a la puesta a punto de armas y armaduras. Y a ello se pusieron todos, excepto Lorent, atareado con los animales, desde primera hora de la mañana.

Tras abrir el candado, entraron en el cobertizo y atrancaron la puerta por dentro. Los dos carruajes, dispuestos uno detrás del otro, ocupaban gran parte de la amplia nave, pero restaba suficiente espacio a ambos lados y al fondo como para poder apilar la

totalidad del material y trabajar sin estorbos. La cubierta, también de madera, quedaba a bastante altura, la suficiente para que el edificio, en su último tercio a partir de la entrada, contase con un altillo que aumentaba la capacidad de almacenamiento.

La principal pega consistía en la escasez de luz pues, con el gran portón cerrado, la claridad que entraba por los pequeños ventanucos situados en lo alto de las paredes era poca. Por ello tuvieron que utilizar la luz artificial de sus linternas de aceite, de los pequeños candiles o de las velas, encender allí algún hachón era una temeridad. Y otro problema que no tardaría en hacerse notar según pasasen los días fue el del frío, el cobertizo no disponía de ningún sistema de calefacción.

Extrajeron de los carros la primera capa consistente en la tienda cónica, los equipos de acampar, las provisiones y los arreos y sillas corrientes. Los cruzados acordaron, en señal de buena voluntad, entregar al posadero todos sus alimentos perecederos sin cargo alguno. También es cierto que, no teniendo ni la más remota idea de cuando los iban a necesitar, más valía desprenderse de ellos ahora que acabar lamentando su corrupción. Resultaba una idiotez seguir acaparando aquellas legumbres, de las cuales algunas no habían tocado desde su partida de Almir. Se reservaron eso sí, el vino, el aceite, el vinagre, la miel, la mostaza y la sal, siendo llevado a cocina el resto de los productos.

Continuaron después descargando el segundo nivel de la carga, el más abultado, compuesto, si se sumaban los de ambos vehículos, por setecientos cincuenta tarros de cerámica con un peso bruto cada uno de unas tres libras. Aunque ya lo hicieran en su día, volvieron a abrir algunos de los envases para cerciorarse de que todos venían bien llenos de tintura de pastel. Gracias a sus gruesas paredes, tapas de corcho y envolturas de tela protectora, ni uno solo de ellos o su contenido había sufrido el mínimo deterioro, y eso pese a las múltiples peripecias en que se habían visto involucrados.

Por último, procedieron a retirar los falsos fondos y los apoyos, y fueron sacando las armas, los escudos, los gambax, las lorigas y resto de protecciones, las sillas y arneses de guerra de los destreros, y sus ropajes y calzados militares.

Todo ello iba siendo subido al sobrado o acumulado al fondo de la nave, bien cubierto con las mantas y esterillas para disimularlo.

Se encontraron con lo que temían, a excepción de las espadas, que siempre habían mantenido más a mano y cuidado con esmero, los demás elementos metálicos estaban tomados por el óxido. De no emplearse a fondo en su limpieza podían llegar a quedarse sin las cotas de malla, las lorigas más costosas, que en breve estarían echadas a perder a causa de la herrumbre que las invadía.

Quizás fuese el detalle de la entrega de sus provisiones sin pedir nada a cambio, o quien sabe que otra especie, pero el caso es que Henric terminó decidiéndose a tomar partido por aquellos insensatos y hacia la hora tercia se presentó en la puerta del cobertizo llamando a Ferdinand para que saliese a parlamentar.

Éste no se sorprendió demasiado cuando su amigo le comunicó que aceptaba el trato: les prestaba el dinero, les fiaba la estancia en la posada y, además, estaría ciego y sordo a todas cuantas actividades tuvieran que realizar para lograr sus fines, siempre que éstas no resultasen ilegales, o mejor dicho, fuesen aún más delictivas de lo que ya eran. Por supuesto contaba con esa quinta parte del tesoro más la devolución del préstamo y el pago de su estancia. Esas dos últimas cantidades independientemente del resultado de la empresa y pagaderas bien en metálico o en especie, diciendo esto último mientras señalaba ostensiblemente hacia las cuadras donde los cruzados guardaban sus caballos.

Además ponía como condición que, en caso de ser descubiertos por las

autoridades, él quedaba al margen del entuerto, no sabía nada de nada. Y en cuanto al asunto de los otros huéspedes, estaba decidido a respetar su alojamiento por el tiempo que cada grupo había contratado. Eso sí, no admitiría a ningún nuevo inquilino en lo que durase la estancia de los cruzados francos, por lo que le rogaba tuviera un poco de paciencia, a lo sumo en dos semanas lograría la intimidad apetecida, pues la posada habría quedado vacía.

Este argumento le daba pie para otra nueva reivindicación: teniendo en cuenta que, una vez marchados todos los forasteros, la posada entera, cobertizos y cuadras incluidos, iba a ser de su uso exclusivo, deberían compensarle las pérdidas que su negocio sufriera, esto es, abonarían la suma correspondiente a la totalidad de las plazas existentes.

Viendo la severidad que adquiriría el semblante de Ferdinand, que empezaba a hartarse de tantas exigencias, Henric añadió que lo entendiese bien, esta última era sólo en el caso de que no se hicieran con el tesoro y por lo tanto él no se viese resarcido con esa quinta parte.

El capitán pasó entonces al contraataque, suponiendo que su amigo ya no se iba a echar atrás en su determinación. Todas sus exigencias y requisitos estaban muy bien, pero él debía implicarse un poco más para hacerse merecedor de la inmensa fortuna que representaba ese quíntuplo.

En primer lugar, les tendría que proporcionar información, toda la posible, sobre cualquier asunto relativo a su proyecto que necesitaran conocer, utilizando para ello, si no era de su dominio, los contactos de que dispusiera en Zaragoza, que ya se imaginaba, como negociante prestigioso que era, debían ser numerosos.

Por otro lado, debía procurar resolver las dificultades técnicas que les fueran surgiendo, y allí iban las primeras: Precisaban disponer de luz dentro del cobertizo, no

podían permitirse el lujo de seguir gastando ni una onza más de sus propias reservas de aceite, sebo o cera, a la vista de los costes que, según les había anunciado, iba a depararles su estancia en la posada. También le incumbía instalar una tranca en aquella puerta para poder cerrarla desde dentro, y ello al objeto de que ningún miembro de su familia, personal de la posada o huésped, pudiese sorprenderles mientras trabajaban allí, hoy habían tenido que recurrir a un método de circunstancias.

Henric, tras cavilar un instante, dio por buenas las pretensiones de Ferdinand y ambos hombres cerraron el trato agarrándose las manos, abrazándose y besándose. Fueron a recoger seguidamente la cantidad que el posadero les debía prestar, y tras entregársela, con recibo de por medio, les citó, a él y a los otros cabecillas del grupo, para esa misma tarde en su casa al objeto de irles poniendo al corriente sobre lo que necesitaban saber de la ciudad.

En cuanto tuvo el dinero en su poder, el Mariscal, acompañado por el templario y por Bernard, partió en busca del Almotafaz. A su vuelta, una hora después, anunciaron que tenían ya contratada la tabla del mercado, el mismo viernes podrían empezar a vender su género.

Para sorpresa de todos, la comida de aquel día dejó bastante que desear, al menos si se comparaba con la de los dos anteriores en los que habían sido agasajados a cuerpo de rey. Más de uno hizo la observación de que aquellas viandas eran precisamente las que ellos habían donado a la cocina esa mañana.

Preguntaron a la posadera, la mujer de Henric, allí presente, el porqué de ese cambio, y ésta, como respuesta, aludió al desabastecimiento de la ciudad y lo caro que se había puesto todo. Pero aquello no convenció a ninguno, los precios no podían haber subido tanto de un día para otro y, además, observaron en otras mesas la presencia de

carne asada, capón, gamo o jabalí, mientras en la suya se servía tocino salado acompañando de puré de guisantes. No les cupo duda, eran órdenes de su esposo, que se cobraba así por anticipado los intereses del préstamo.

A primera hora de la tarde, y mientras el resto de los cruzados continuaban con los trabajos emprendidos, acudieron a la cita con el posadero no sólo los tres supuestos cabecillas del grupo, sino también los tres jóvenes Flambó, a los que, una vez puesto en antecedentes el amigo de Ferdinand, les incumbía, como caballeros y representantes del Conde, la reunión. Por fin salió de su dilema Henric sobre quien de los jóvenes era la encubierta mujer, y se dio cuenta de lo mucho que erraba en sus estimaciones.

Preguntado por el empeoramiento de la calidad de las viandas, respondió en los mismos términos de su esposa: ¡la carestía de la vida! Si comprobaban que los otros huéspedes comían superiores manjares, era sólo por que estos los pagaban y además debía cuidar a sus clientes. Ellos eran ahora socios y por lo tanto no debían alimentarse mejor que él mismo o su propia familia. “¿Tenían alguna pega con la calidad de los alimentos?, ¿acaso no eran similares a los que ellos traían como provisiones?”.

El patrón condujo a los seis cruzados a un pequeño corral que había tras su casa y, después de cerciorarse de que nadie merodeaba por allí, comenzó a dibujarles con un palo y sobre una zona arenosa que previamente allanó, el plano aproximado de la ciudad y la situación de sus edificios públicos más sobresalientes.

Esbozó el río Ebro con sus dos puentes, la muralla rectangular del casco antiguo y la exterior más sinuosa, que encerraba en su interior a dicho núcleo más los arrabales, situando las distintas puertas y portillos. Delimitó las aljamas judías, la interior y su ensanche, y el hara musulmán, ambos barrios con sus mercados y cementerios, sinagogas y mezquitas, incluso sus principales casas de baños. Emplazó el gran mercado del Arrabal del Rey junto a la Puerta de Toledo y nominó los diversos barrios

cristianos, tanto los del viejo castro como los nuevos arrabales, cada uno con su parroquia correspondiente que le daba nombre.

Terminado todo el esquema, pasó a ubicar los principales edificios de Zaragoza utilizando piedras de diversos tamaños: Santa Maria la Mayor, que ya conocían, y su cementerio. La catedral, pretérita mezquita mayor erigida antaño sobre el solar de un templo pagano, reconvertida tras la reconquista al cristianismo y consagrada a la veneración del Santo Salvador, aunque era más conocida como la Seo. La familiar, para quebranto de la bolsa de los cruzados, Casa del Puente, sede de la autoridad municipal. El palacio del Obispo. La cárcel de la Puerta de Toledo. El alcázar de la Zuda, compartido por el Merino y el Zalmedina, que disponían de su ala Sur y la alta torre del homenaje, y también por la Orden del Hospital de San Juan, que ocupada la Norte. El Almudí del grano y el Alfolí de la sal. Las cuatro carnicerías de la ciudad, la hebrea, la musulmana y las dos cristianas, situada la mayor de éstas en el gran mercado y la pequeña en el centro del castro viejo. La gran Alhóndiga de la aljama mora. Los diversos conventos y hospitales. La Casa del Temple, emplazada en el barrio de San Felipe, cerca de su posada. Y aún otros importantes inmuebles y emplazamientos, incluyendo los erigidos extramuros, entre los que no podía faltar, cómo no, la fortaleza-palacio de la Aljafería.

Después de situar todos estos puntos, cosa que no fue tan fácil como parece y obligó a Henric a corregir una y otra vez el trazado del plano, sin cesar mientras de responder a la interminable serie de cuestiones planteadas por sus socios, llegó el momento de hacer frente a la pregunta definitiva: “¿Dónde podían cobijarse los fugitivos y su escolta, de seguir en la ciudad?”.

Dado el número de personas que componían el grupo, entre cuarenta y cincuenta, y la precedencia de su estirpe, un Conde del Languedoc protegido del difunto Rey Pedro

y varios infanzones aragoneses y catalanes, el amigo de Ferdinand llegó a la conclusión de que, de estar todavía en Zaragoza, extremo aún sin confirmar, podían haber sido alojados en la Zuda o en la Aljafería. Y él se inclinaba por el primer edificio, puesto que gran parte de la escolta la constituían miembros de la Orden del Hospital, según le habían contado, mientras que el segundo estaba un tanto deteriorado.

Pero tampoco podía descartarse alguna de las más grandes alhondigas o fondas de la ciudad, aunque éste último extremo lo veía poco probable porque él, que guardaba una estrecha relación con sus colegas del ramo, habría conocido de alguno de ellos el alojamiento de tan numeroso grupo de gente, más tratándose de individuos de cierta alcurnia y no ser muchas las posadas que contasen con la suficiente capacidad.

Dicho lo cual, Henric hubo de ausentarse para continuar con sus propias obligaciones, quedándose los seis francos estudiando el plano de la ciudad. Transcurrido un tiempo, consideraron haber memorizado todos los detalles descritos por el posadero y procedían a borrarlo del suelo. A todo esto se les había echado ya encima la hora de cenar.

Durante la colación, la aguda mente de Ferdinand estuvo procesando la información de que hasta el momento disponía, para elaborar la estrategia a seguir en los próximos días. Tenían aún toda la feria quinta por delante antes de comenzar con las ventas, y era fundamental aprovecharla en la búsqueda del paradero de los herejes, sin perjuicio de las indagaciones que hiciera Henric por su parte.

Cuando terminaron, el Mariscal condujo a todos al cobertizo, donde ya disponían de velas proporcionadas por el posadero, y, a puerta cerrada y en voz queda, repartió las misiones para la jornada venidera.

Como casi siempre, nadie aportó ninguna nueva idea, limitándose los demás a

escucharle o, en el mejor de los casos, poner pegos a sus planes, cosa que tampoco venía nada mal pues en ocasiones eran estos disparatados. En aquella ocasión, el templario y el hidalgo occitano, a pesar de seguir manteniendo el liderazgo del capitán en cuarentena y procurar no dirigirle la palabra, tragaron sin la menor objeción con cada una de sus disposiciones.

Al día siguiente se dividirían en dos grupos, uno se quedaría en la posada mientras el otro pateaba la ciudad recabando información.

El primero pondría todo su empeño en la puesta a punto de las armas y armaduras liberándolas del óxido que las invadía, pero también se dedicaría al cuidado de los animales, sobre todo del rocín herido, y a la preparación de la empresa mercantil que debían afrontar la siguiente jornada, procediendo al llenado de uno de los carros con la carga que pensaban trasladar al mercado el primer día, aproximadamente la mitad de los envases de tintura.

Decidió que tanto Ibeloki, al que consideraba “quemado” tras sus servicios de espía en Muret y Foix, como Bernard, al que a pesar de su cambio de aspecto suponía fácilmente reconocible por su familia hereje, permanecerían en la posada.

También se quedarían allí Lorent, al cuidado de los animales o echando una mano en lo que fuera, y Jacques, en apoyo de los otros tres y, de paso, con la misión secreta de no perder de vista a Bernard, del que el capitán seguía sin fiarse lo más mínimo.

Los otros ocho se dividirían en binomios para recorrer cada uno de ellos un sector de la ciudad, indagando de forma muy sutil en los diversos entornos visitados aquello que les interesaba.

Puesto que el hecho de ser forasteros saltaba a la vista y, para colmo, su entonación inequívoca les delataba como de origen galo, era indudable que provocarían la desconfianza y el retraimiento de los vecinos, por lo que deberían actuar con la

máxima diplomacia. Sólo cuando la gente dejase de extrañar su presencia y comenzara a abrirse, empezarán ellos a lanzar bulos sobre Muret y la presencia de tolosanos supervivientes de la batalla en Zaragoza, en un intento de que el efecto “rebote” o “verdad por mentira”, les proporcionase alguna averiguación que luego cotejarían con las obtenidas por otras parejas.

Se repartieron de la siguiente manera: Adrien y el capellán recorrerían los barrios mozárabe y franco, y en general el centro de la ciudad haciendo especial hincapié en los círculos religiosos de la catedral y las diversas parroquias. Pierrot y Paul deambularían por los arrabales de las zonas Este y Sur, incluyendo breves incursiones en los barrios judíos y en el musulmán. Marie, que rechazó rotundamente la idea propuesta por el capitán de vestir ropas de mujer, y Rimont, harían otro tanto en el arrabal del Oeste, peinando el gran mercado, el barrio de los mercaderes y artesanos, las inmediaciones del alcázar y las Casas de las Ordenes Militares, llegándose incluso hasta la Aljafería, ya a extramuros de la ciudad.

Operarían todos con naturalidad, tomando contacto con la población, haciendo pequeñas compras en las tiendas o alguna consumición en las tabernas.

A nadie extrañó que Ferdinand se emparejara con Richart y, sin asignarse ninguna zona en concreto, explicase a los demás que tantearía en todas partes haciendo una especial inmersión en los ambientes más viles, aquellos donde suponía no querrían introducirse sus virtuosos compañeros.

Aquello no dejaba de preocupar a ninguno, y Pierrot se atrevió a insinuarlo: “¿No se meterían de nuevo en algún lío?”. Y a continuación Adrien fue más allá permitiéndose dudar de que ello fuese necesario. Pero el capitán insistió con mil argumentos en que tugurios y ramerías eran, sin duda, la mejor fuente de información posible. En cuanto a la pregunta de Pierrot, aseguró que si el sargento volvía a meter la

pata, aunque fuera levemente, lo menos que podría pasarle era que no volviese a salir de la posada en todo el tiempo que permaneciesen en la ciudad, atándole a la rueda de uno de los carros por el mismo cuello.

A pesar de sus aclaraciones, el que más y el que menos temió que el Mariscal se gastase el préstamo de Henric en retozar con prostitutas y ponerse hasta las cejas de alcohol. Y el templario, volviendo a la carga, así lo advirtió públicamente.

Ferdinand, sin acalorarse lo más mínimo, extrajo de la bolsa el dinero sobrante después de pagar aquella mañana el alquiler del tenderete y la correspondiente fianza, y procedió a repartirlo en partes iguales dando una de ellas a cada binomio constituido, y dejando una pequeña cantidad en reserva al cuidado del paje.

#### **9.4**

Tras la ligera colación de la mañana, habían vuelto al mendrugo de pan mojado en vino, partieron las cuatro parejas con vistas a batir la ciudad hasta su último rincón, solamente regresarían a la posada al mediodía para el almuerzo y a la caída del Sol para ya recogerse.

Los maños, así eran llamados los aragoneses de forma familiar, resultaron, tal como era de prever, bastante suspicaces con aquellos ultramontanos difíciles de entender y hasta de encasillar, pues no llegaban a encajar como mercaderes por mucho que ellos así se presentaran. Aquel primer día, desde luego, no lograron entablar una conversación fluida en ninguna parte.

Ni siquiera lo logró Ferdinand, con todo su desparpajo, en los diversos antros de los bajos fondos donde alternó. Lo que sí consiguió, gracias a la estimable colaboración del mercenario, fue meterse de nuevo en un buen lío que estuvo a punto de dar al traste

con la operación.

Richart, incluso antes de contratar algún servicio, maltrató en un lupanar a una prostituta por el mero afán de satisfacer su sadismo. Si el dueño del local no llamó a las autoridades, fue porque el capitán salió en su defensa pagando cuanto le pidieron por evitar la denuncia, pero aquello significó perder toda la parte que les había correspondido en el reparto, y por supuesto quedarse ambos sin disfrutar del apetecido contacto carnal.

A la salida, Ferdinand volvió a atizar de lo lindo al incorregible sargento, aunque esta vez los golpes fueran más “cariñosos” que los de Foix, al menos se los dio con la mano abierta. Por esa causa fueron los primeros en regresar a la posada y con idea de no volver a salir aquel día.

La bronca que tras la comida y antes de partir otra vez, echaron todos al mercenario al enterarse del motivo por el que ni el capitán ni él tornaban a salir aquella tarde, fue monumental. Salvo los dos criados, ninguno dejó de increparle, ni siquiera los escuderos se contuvieron. “Manosrápidas” llegó a agarrarle por la pechera y zarandearle mientras le gritaba indignado.

Pero, curiosamente, el sargento mercenario esta vez no llegó a defenderse ni protestó, antes bien, parecía que asumía la culpa que le imputaban y el castigo impuesto, no volver a salir de la fonda hasta que se diese el golpe contra los herejes o se fueran de Zaragoza. El Mariscal le advirtió de que si intentaba algo con la familia o los empleados de su amigo, era hombre muerto. Sin embargo no consintió que se llevase a cabo la idea de Adrien y de Bernard de azotarle como última advertencia, argumentando que ya se había encargado él de golpearle.

Mas finalmente, Ferdinand no se quedó allí, como era su propósito inicial, y, en cuanto se marcharon las otras parejas, buscó un nuevo compañero para sus correrías

eligiendo a Lorent, del que sabía era capaz de moverse con soltura por los bajos fondos. Ibeloki tuvo que entregarles el fondillo de reserva para que pudiesen afrontar los gastos que su actividad requería.

Al caer la noche, los agotados cruzados fueron regresando a la posada. Sentados a la mesa y esperando les sirviesen la cena, sólo faltaba la pareja formada por Marie y Rimont.

En breve, hicieron su entrada en el salón. No dijeron nada pero se les veía eufóricos a ambos, sus sonrientes semblantes y expresivas miradas anunciaban a gritos su éxito. “¿Sí?” preguntó el capitán desde el lugar donde presidía la mesa. “¡Sí!” contestaron a dúo la Flambó y el escudero. Todo el mundo entendió, y la emoción sin palabras recorrió de un extremo a otro la tabla. ¡Los herejes estaban allí, en la ciudad! Sus sacrificios al menos no habían sido en vano.

Poco después se acercó Henric a su mesa y, tras sonreír abiertamente a sus socios, siseó algo al oído de Ferdinand. Le confirmaba la noticia y además se anticipaba a Marie y Rimont en informarle sobre su ubicación. Sus fuentes le habían notificado que un grupo de caballeros y monjes hospitalarios llegados a Zaragoza hacía dos o tres semanas, se encontraba alojado por orden del Merino en la Aljafería.

Tras la cena se reunieron como la noche anterior en el cobertizo, y allí los dos jóvenes, un tanto decepcionados por no ser ellos los únicos en dar la primicia, pusieron al corriente al Mariscal y a los demás sobre la forma en que habían descubierto la presencia de los herejes en la fortaleza de la Aljafería.

Tras haber recorrido el arrabal del Rey, el barrio de los mercaderes y menestrales, hasta la saciedad, en la salida de por la tarde les llevaron sus pies hasta más allá de la

cerca, pasando por la puerta llamada “el Portillo” a la Almozara, explanada dedicada a hipódromo y a los alardes militares, y llegando poco después a las proximidades de la fortaleza-palacio.

Allí extrañaron inmediatamente la presencia de un hombre de armas haciendo guardia en la puerta principal, cosa inusual en un edificio donde habitualmente bastaba con la vigilancia de un clérigo portero, salvo en las raras ocasiones en que se alojaba algún personaje de postín. No sólo en la entrada, también había vigilancia en la azotea de la gran torre del homenaje y sobre el adarve, de manera que se mantenían tres centinelas en pleno día, algo a todas luces exagerado y que inmediatamente hizo recordar a Marie y Rimont la fortaleza de Foix, pues el esquema era idéntico.

Dieron unos cuantos paseos por las inmediaciones, cosa que no podía despertar las sospechas de los vigilantes puesto que la zona era realmente un lugar de esparcimiento para los maños, haciendo buen número de ellos en ese momento exactamente lo mismo, salvo que encima se mostraban más sorprendidos y curiosos ante la presencia de los vigilantes, ya que, al contrario que los dos francos, no necesitaban disimular.

Pudieron entonces descubrir otros detalles que les acabaron confirmando sus sospechas. La visión de un monje guerrero de la Orden del Hospital junto a uno de los vigilantes. Un trajín de entradas y salidas importante, como debía corresponder a la presencia de un cuantioso número de personas allí alojadas. Y uno de aquellos movimientos que más despertó su interés, fue el de unos caballeros ataviados con las llamativas cotas de armas listadas de oro y grana, tan propio de los infanzones aragoneses y catalanes, y en particular de los que formaban en la escolta proporcionada por el Rey Pedro. Por último, la presencia al anochecer de dos mujeres asomadas a uno de los vanos de la torre del homenaje. Una de ellas, bastante joven y ataviada como una gran dama, no les ofrecía la menor duda, se trataba de la Condesa de Almir.

Ya no necesitaron seguir haciendo comprobaciones y tampoco la escasa luz se lo hubiese permitido, de modo que decidieron regresar a la posada.

Las explicaciones de los dos jóvenes despertaron de nuevo la euforia del grupo en tal grado, que el capitán y Adrien tuvieron que hacer un llamamiento a la calma pues corrían el peligro de ser escuchados en el silencio de la noche por cualquier extraño.

Conociendo ya el paradero de los fugitivos, se planificó seguidamente los consecuentes pasos a dar. Era primordial obtener toda la información posible sobre aquellos, la escolta que les custodiaba y el edificio donde se resguardaban, pues sin ella sería imposible trazar cualquier plan. Por eso al día siguiente, los que no quedaran sujetos a sus obligadas actividades mercantiles, se centrarían en la exhaustiva y pormenorizada inspección del ámbito donde debían operar en un próximo futuro, tratando siempre a toda costa de pasar inadvertidos.

Se había decidido que actuarían como vendedores el binomio formado por Paul y Pierrot, y para las rondas de vigilancia se constituían nuevas parejas, Bernard iría junto al capellán y el templario con su sobrina, mientras que los dos escuderos alternarían sus patrullas con el apoyo que precisaran en su labor el par de “mercaderes”.

En cuanto a Ferdinand, esta vez obraría por libre, puesto que Lorent debía quedarse al cuidado del rocín herido, que había empeorado y presa de las fiebres yacía postrado en el suelo. Se les hacía difícil aceptar la pérdida de un nuevo caballo, por poco valioso que fuese, y acordaron buscar sin tardanza un especialista en veterinaria que le proporcionase remedios y cuidados superiores a los que el experto palafrenero de los Flambó conocía.

En la posada, acompañando a Lorent, quedarían el mercenario y el paje, este último con orden de vigilar estrechamente a Richart, al tiempo que continuaban ambos con la limpieza de las armaduras. Algunos temían, y así se lo expresaron privadamente

al Mariscal, que el sargento mercenario pudiese robar varios de los costosos equipos y caballos y desaparecer de la ciudad, pero aquel, que ya le tenía bien calado y creía conocer de qué pie cojeaba, descartó esta posibilidad.

En ese sentido, temía mucho más alguna argucia del hidalgo occitano, y por ello evitó que ambos hombres permaneciesen juntos en la posada, a pesar de que los supiese enfrentados el uno con el otro. Eso explica que obligara a Bernard a salir de patrulla desdeñando las precauciones observadas el día anterior para que no fuera reconocido, simplemente debía extremar su disfraz usando, por ejemplo, una caperuza.

\* \* \*